

# La Ilustración Artística

Año XXI

BARCELONA 10 DE NOVIEMBRE DE 1902

Núm. 1.089

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

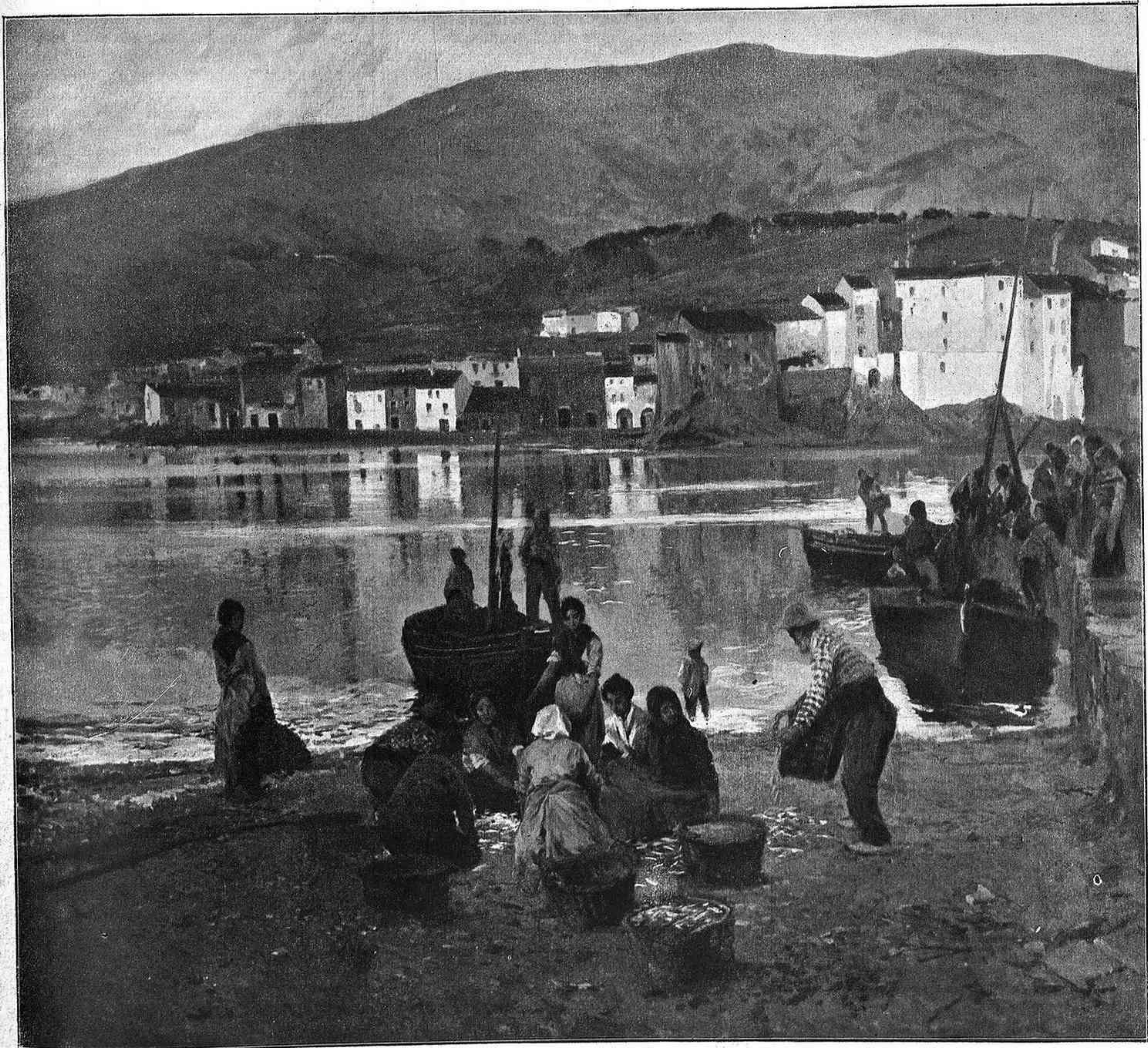
## EXPOSICIÓN DEL CÍRCULO ARTÍSTICO DE BARCELONA

Cuantos conocen hasta dónde ha llegado la prodigiosa producción de Eliseo Meifrén, han reconocido siempre que la facilidad y la variedad significan simplemente dos factores de entre los que caracterizan y distinguen al genial pintor catalán. Y así lo decimos porque han sido tan repetidas y frecuentes las pruebas que nos ha suministrado, que en el caso de haber surgido dudas, éstas habfan necesariamente de desaparecer ante la evidencia. En la Exposición que en su honor organizó ha poco el Círculo Artístico de esta ciudad, manifestáronse de tal suerte y en tal forma las circunstancias que at-

sora nuestro amigo, que no cabe otra consideración que la de aplaudirle y estimarle. En ella figuraron obras pertenecientes á diversos géneros, manifestándose el pintor dueño y soberano de su paleta, artista siempre por el sentimiento, concienzudo observador de la naturaleza y cantor de sus bellezas y de su grandeza, pero sincero, fidelísimo, ajustándose á la verdad, rechazando siempre efectismos y aunando la sinceridad con el encanto del color, la armonía de las tonalidades y la precisión de la línea. Algunos atribúyenle extraordinaria habilidad; mas aun aceptando este supuesto, entendemos que sólo merece ci-

tarse como una aptitud secundaria, ya que á ella se antepone el espíritu, el esfuerzo intelectual del artista, que imprime en sus obras su poderoso aliento y ese algo que en su interior existe, que es lo único que se transmite hasta la posteridad.

Varias veces nos ha cabido la suerte de reproducir en estas páginas obras de Eliseo Meifrén, y aparte de la satisfacción que nos ha producido el hecho de poder darlas á conocer á nuestros lectores, hemos aprovechado la ocasión, como lo hacemos hoy, para aplaudirle y ofrecerle un nuevo testimonio de nuestra consideración.



RECUERDO DE CADAQUÉS, cuadro de Eliseo Meifrén

ELISEO MEIFRÉN  
MADRID

## SUMARIO

**Texto.** - *Crónica de teatros*, por Zeda. - *Descansa (cuento)*, por José Morales. - *Jerónimo Suñol*, por A. García Llansó. - *El payaso de Parish*, por Alberto Carrasco. - *Mujer con dos hijos enfermos. Tipo de anciana, acuarelas de Luciano Simón*, por R. - *Vida de muerte*, por Tomás Orts-Ramos. - *Nuestros grabados - Problema de ajedrez. - Via libre*, novela ilustrada (continuación). - *La disciplina de los enfermos*, por F. S. - *Esculturas de Gilberto Bayes*, por S.

**Grabados.** - *Recuerdo de Cadaqués*, cuadro de Eliseo Meifrén. - Dibujo de Tamburini que ilustra el cuento titulado *Descansa*. - *Jerónimo Suñol*. - *Estatua del Dante*. - *El marqués de Salamanca*. - *Estatua*, busto. - *Grupo alegórico para la fachada de la Biblioteca Nacional*. - *Retrato de Mariano Fortuny*, relieve en mármol. - *San Pablo*, estatua en mármol. - *Dolorosa*, grupo en madera. - *Santa Teresa de Jesús*, estatua en madera. - *El narrador*, estatua en mármol. - *Rossini*, busto en mármol. - *Himeneo*, estatua en yeso, obras de Jerónimo Suñol. - *Mujer con dos hijos enfermos*. - *Tipo de anciana*, acuarelas de Luciano Simón. - *La hija arrepentida*, cuadro de Juan Llimona. - *La bendición del ganado en Sicilia*, dibujo de F. Matania. - *Lección maternal*, cuadro de Jorge Claude. - *El viento*, candelabro modelado por G. Gurschner. - *Plancha dedicada al Dr. Potain*, obra de Alejandro Charpentier. - *La paz armada*, escultura de M. Streicher. - Figs. 1 y 2. *La disciplina de los enfermos*. - *Caballos marinos*. - *En la tumba del monte*. - *La reina errante*, esculturas de Gilberto Bayes. - *Dulce coloquio*, cuadro de J. Young Hunter.

## CRÓNICA DE TEATROS

Mucho antes de inaugurarse la temporada en el teatro de la Comedia, la gente que se dedica a husmear las cosas que pasan entre bastidores andaba preocupadísima con una grave cuestión de indumentaria. La obra elegida para la función inaugural fué, como es sabido, la de Tirso de Molina titulada *Don Gil de las calzas verdes*, refundida por Tomás Luceño. La acción del *Don Gil* se desarrolla en tiempos de Felipe III, época en que estaban de moda las calzas enteras; pero una de las señoritas que habían de vestirse de hombre, á causa, según parece, de lo acentuado de sus femeniles encantos, negóse á ponerse en calzas forzosamente prietas, y en vista de tal negativa, hubo necesidad de trasladar la acción de la comedia al reinado de Felipe IV... Con este cambio, el *Don Gil de las calzas verdes* quedó reducido al *Don Gil de las medias verdes*. Si andando el tiempo alguna otra bella actriz cree modestamente que sus pantorrillas son demasiado voluminosas para exhibirlas ante las indiscretas miradas de los espectadores, posible es que el *Don Gil de las medias verdes* se convierta en el *Don Gil de los calcetines verdes*.

No sólo en lo tocante al vestido ha sufrido grandes modificaciones la comedia de Tirso. Luceño, más que refundirla, ha querido hacer una obra nueva, aprovechando algo de la del célebre mercenario. Y caso curioso, el público aplaudió y celebró las escenas, versos y chistes del refundidor, y pasó por alto los donaires y sales en que abunda la comedia de Tirso. Y bien mirado, no es maravilla que así sucediera. *Don Gil* es una comedia de costumbres del siglo XVII. Su autor, que entre todos los del siglo de Oro fué quizás, y sin quizás, el que supo crear caracteres más vigorosos y vivideros, como lo prueban el D. Juan Tenorio de *El convidado de piedra*, el Enrico de *El condenado por desconfiado*, doña María de Molina de *La prudencia en la mujer*, la protagonista de *Marta la piadosa*, etc., etc., no se propuso en *Don Gil de las calzas verdes* otra cosa que entretener á los espectadores con lances imprevistos, con aventuras más ingeniosas que verosímiles, con la pintura de costumbres, con los chistes é ingeniosidades derramadas á granel por toda la obra.

Mas todo esto que para el público de los corrales del siglo XVII era motivo de inacabable risa, resulta pálido para el público del siglo XX. Ciertas galas, por brillantes que sean cuando nuevas, se ajan y pierden el color con el tiempo. Además, para que encontremos la gracia de una burla ó de una sátira de tales ó cuales costumbres, es menester que conozcamos primero las costumbres satirizadas. Sería absurdo pedir que el público de nuestros teatros tuviese de la sociedad del siglo XVII, de sus vicios, de sus errores, de sus preocupaciones, el conocimiento minucioso que es necesario para apreciar el mérito y la exactitud de lo que pintaron los autores de aquella centuria. Quizá por estas razones ha substituído Luceño con ingeniosidades y donaires de su propia cosecha los que de la suya puso Tirso en su *Don Gil de las calzas verdes*.

Acerca del mayor ó menor acierto con que el justamente celebrado escritor D. Tomás Luceño ha puesto mano en la comedia de D. Gabriel Téllez, cabe, sin duda, discusión; en lo que cuantos han visto la representación de la comedia están conformes, es en calificar de primorosa y extremada la

manera que tuvo Rosario Pino de interpretar el papel de la protagonista. Tan linda de cara como esbelta de figura, con actitudes y modales perfectamente estudiados, que sin tener la energía hombruna, no tenían tampoco el encogimiento que suele comunicar á la mujer el traje de hombre; elegante en el vestido, intencionada en el decir, apasionada en las escenas de amor y exquisita en los pormenores todos de su papel, la primera actriz de la Comedia añadió la otra noche uno más á la ya dilatada serie de sus triunfos.

\* \* \*

Otra obra del teatro antiguo, *El mayor imposible*, de Lope, estaba anunciada para la función inaugural en Lara. A última hora, los actores y actrices de la elegante *bombonera* han caído en la cuenta de que ropillas y tontillos no son los trajes que mejor les sentarían. Y acaso no vayan descaminados. Rodríguez con calzas y gregüescos, Santiago con tonelete y la Valverde con pollera y cotilla, quizás «no vencerían» al público de Lara.

Por otra parte, es un hecho que la entidad pública está fraccionada ahora en tantos públicos como teatros hay en Madrid; de suerte que lo que se aplaude á rabiár en Apolo, sería rechazado en la Comedia, y lo que en la Zarzuela llega hasta el número ciento, no lograría la segunda representación en Lara. El público de este teatro se compone en su mayor parte de gente burguesa, de señoritas, señoras, caballeros y caballeros de la clase media madrileña, la cual gusta de verse retratada en aquel reducido escenario, que casi siempre representa una «sala decentemente amueblada.» Hacen allí las delicias del público el marido un tantico calavera que engaña, sin graves consecuencias, á su mujer, la eterna suegra regañona y autoritaria, la niña mimosa, el novio memo, el militar malhumorado... Allí el *quid pro quo* es siempre de efecto seguro, y las angustias y estrecheces pecuniarias hacen desternillar de risa á los espectadores.

En el Español podrá triunfar el conflicto dramático, el choque de las grandes pasiones; en la Comedia, el género francés ó afrancesado; en Apolo y la Zarzuela, la chulería maleante; en Novedades, el melodrama...; en Lara triunfa la pieza en un acto ó la comedia en dos de costumbres burguesas. No hay teatro en Madrid que refleje mejor que el de Lara la vida de esa porción de la sociedad madrileña que tiene sus límites, por arriba, en las primeras estiraciones de la aristocracia, y por abajo en el empujillo de seis mil reales con descuento. Cuando andando el tiempo se quieran conocer las costumbres de esa clase, nada será más á propósito para estudiarlas que el repertorio del teatro de la Corredera.

De cuando en cuando se representan allí algunas obras que además de este valor, que pudiéramos llamar histórico, tienen subido valor artístico: tal es el *Nido*, comedia en dos actos de los hermanos Alvarez Quintero y una de las que formaban el programa de la velada inaugural. Los dos aplaudidos autores son extremados en el arte de copiar tipos y costumbres. Nadie les aventaja hoy en punto á la observación de lo externo de la vida. Representada primorosamente la comedia *El Nido*, hizo pasar al público un rato delicioso y fué motivo para que Concha Ruiz se presentase en el teatro de Lara, donde tuvo una cariñosa acogida.

El primer estreno ha sido el de un juguete cómico titulado *El escudo de armas*, estrambote ó cosa así de la chistosa comedia de Ramos Carrión y Vital Aza titulada *Zaragüeta*. El público no llegó á romper el juguete de Fiacro Yraizoz, autor de *El escudo de armas*.

\* \* \*

Con mucho bombo y platillos, con una compañía de zarzuela grande tan escogida como numerosa y con un lleno enorme empezó á funcionar pocos días ha el Circo de Price. El teatro, aunque es casi tan grande como una plaza de toros, está todas las noches lleno ó casi lleno, y lo mismo sucede en el Lírico, en donde se rinde culto también á la zarzuela del antiguo régimen. Además del atractivo que para el gran público tiene el melodrama realizado por la música, el espectáculo que actualmente explotan las empresas de los dos teatros prospera y triunfa, más que por razones puramente artísticas, por motivos de índole económica.

El teatro es en Madrid diversión carísima, y las personas de posición modesta, si quieren disfrutar de ella, tienen que contentarse con ver de cuando en cuando una piecicita en Lara ó una función «de hora» en cualquiera de los otros teatros de género chico. Una gran parte del público que asiste á estos

teatros asistiría de mucha mejor gana al Español ó la Comedia: si no va á ellos es porque no se lo permite su bolsillo. Price y el Lírico lo han comprendido así, y á esto sin duda se debe la rebaja que han hecho en el precio de las localidades. El espectador razona de este modo: una butaca para toda la noche me cuesta, si no intervienen los revendedores, tres pesetas; tengo por dos una butaca en el Lírico ó en Price, pues opto por cualquiera de estos teatros.

Gracias á tan acertado acuerdo, *Jugar con fuego*, *Catalina*, *Campanone*, todas aquellas zarzuelas que tanto deleitaron á nuestros padres, recrean ahora á la generación presente, que las aplaude con el mismo entusiasmo que en los días ya remotos de su estreno. Y ciertamente bien merecen estas zarzuelas grandes algo siquiera de la buena acogida que suele concederse á las obrillas en boga que surten los teatros de género chico. Dos de éstas se han estrenado recientemente con suerte muy diversa: una en la Zarzuela, titulada *Los Chorros*, original la letra de los Sres. Larrubiera y Casero y la música de Brull, y otra en Apolo, de Miguel Echegaray y el maestro Caballero, titulada *La señá Justa*. La última de estas zarzuelitas, á pesar del merecido crédito de sus autores, «cayó al foso» la noche de su estreno. La otra es un cuadrillo dramático con sus dos obligados rivales, su moza sensible y su párroco virtuoso y buen componedor. *Los chorros* fueron muy aplaudidos por el público de la Zarzuela.

\* \* \*

La nota artística más importante del mes último ha sido la inauguración del Español. El eco de los triunfos alcanzados por María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza en América, el recuerdo de los que aquí obtuvieron en diferentes temporadas, las simpatías que ambos artistas tienen en todas las clases sociales, justifican sobradamente el deseo que de aplaudirlos y admirarlos tenía el público de Madrid. No es, pues, de extrañar que desde muchos días antes de la inauguración de la temporada estuvieran vendidas todas las localidades del teatro.

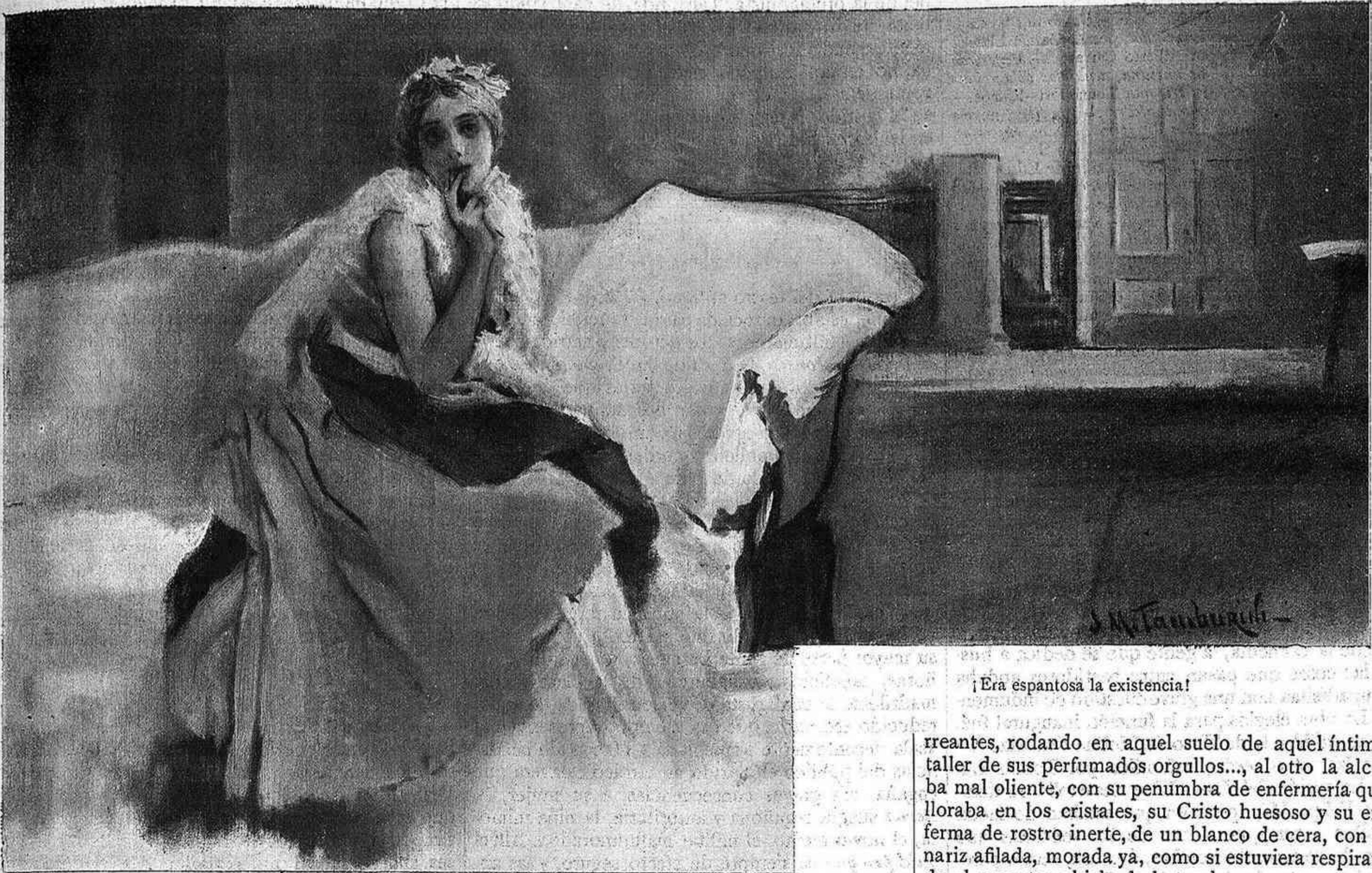
Comenzó la función con una loa del doctor Mirademescua, que recitó admirablemente María Guerrero; siguió á la loa la representación del drama trágico de Luis Vélez de Guevara *Reinar después de morir*, y terminó el espectáculo con el entremés de Cervantes titulado *El viejo celoso*. En el desempeño de todas estas obras pudo apreciarse el entusiasmo que Fernando y María sienten por el arte escénico y el esmero, en verdad prodigioso, con que realzan las obras confiadas á su talento. No limitan sus esfuerzos á obtener en la medida de lo posible la perfección de la parte puramente literaria de la creación dramática: el atrezzo, la *mise en scene*, los pormenores más insignificantes son cuidados por la Guerrero y por Mendoza con asombrosa escrupulosidad.

Hay que ver á los dos eminentes artistas en el duro y fatigoso trabajo de los ensayos, atendiendo tanto á conseguir la acertada expresión de los afectos humanos, cuanto á buscar la exactitud histórica en el decorado y vestuario, armonizando magistralmente cuantos elementos artísticos entran en el conjunto escénico, tan vario en su contenido como complicado en su funcionamiento. Cuadros hay en los diversos dramas que representa la compañía del Español que trasladados al lienzo serían obras maestras. La agrupación de las figuras, la combinación de los colores de los trajes, y de éstos con el decorado, la luz..., todo, hasta lo que pudiera parecer á los que ignoran que la perfección del arte estriba en la paciencia, es calculado y medido por María Guerrero y Fernando Mendoza, para quienes el arte constituye el objeto principal y estoy por decir que único de la vida.

La obra elegida para la inauguración fué, como queda dicho, el drama trágico de Luis Vélez de Guevara *Reinar después de morir*. Así María representando el papel de doña Inés de Castro, como Fernando desempeñando el de D. Pedro de Portugal, secundados por los principales actores de la compañía, supieron dar á la creación del autor de *El diablo cojuelo* la grandeza y la solemnidad que encierra la historia de los amores del príncipe portugués y de su infortunada esposa Inés de Castro, llamada por el pueblo «Cuello de garza.»

Cierto estoy de que si en la región de la inmortalidad conservan los que en ella viven recuerdo de las cosas de la tierra, el alma de Vélez de Guevara debió de sentir la noche de la solemnidad del Español hondo agradecimiento á los esclarecidos intérpretes de *Reinar después de morir*.

ZEDA.



¡Era espantosa la existencia!

DESCANSA

(CUENTO)

Clarita Valderrocas se dejaba vestir las galas de un traje nuevo, y contenía la nerviosa agitación de sus manos por miedo á romperlo y desgarrarlo todo.

¡Era espantosa la existencia!.. ¿No sería posible que los zapatos dejaran de producirle un áspero malestar que le hormigueaba hasta en la nuca?.. ¡Todo un día lloviendo, bajo un celaje color de hulla, era una cosa verdaderamente abominable!..

¡Luego su madre!.. ¡Eh... jé!.., su mamáta con un ataque al corazón precisamente cuando había en la *Comedia* desafío de trajes, horrible lucha de bien olientes guñapos entre ella y la sin vergüenza de...  
- Bueno, ¡al diablo esta cinta!.. Por mí... que no vaya; las emociones hacen daño... Pero yo, ¡cierto que impone el mundo horrosas obligaciones!.. Hay que ir á la *Comedia*.

Era ya de noche, y su imagen, muy ennegrecida en los grandes espejos, la infundía cierto terror supersticioso.  
Se arrebujó en su capita y salió de allí con la frente hosca, en ese estado de ferocidad en que aparece lo animalesco crudamente, resurgiendo de una irritación enfermiza.

En el recibimiento reinaba el gran frío de un hogar deshabitado; la alfombra y los muebles se hundían en una sombra de iglesia, y al paso furtivo de la muchacha cayó sobre aquel silencio un lejano retintín de cristales estremecidos, como un eco de rara tristeza.

La alcoba de la enferma, un gran borrón de sombra, defuvo á Clarita un momento; la solemne majestad de aquellas blondas, de aquellas colgaduras enguatadas, le dirigía una silenciosa y suprema mirada de reconvencción.

Y se agitaba allí, azorada, inquieta, pellizcando su abrigo, con ira para todo el mundo y con asco de sí misma, sintiendo una caricia de pieles en el cuello y la crujiente presión del talle en la cintura, una cintura esbelta y brillante de lujo, que parecía pugnar por escapar de un ambiente que acusaba.

¿Acaso no había una disculpa? ¡Era imposible entrar con aquel lujo en la alcoba de la enferma!

Había allí adentro un Cristo de un marfil que daba frío, con sus rodillas picudas, con las horribles venas de sus músculos dislocados, con la mancha negruzca de su boca relajada por la agonía. Luego, aquel olor á cloroformo y á raso viejo que ensuciaba un vaho de calentura pegajoso, como encariñado con el grueso *peluche* de la alfombra...

Hubiera sido un insulto su traje de seda, de un brillo pálido, con reflejos de ráfaga brumosa, con

estrías fugaces de mirada felina, y blancura carnosa, como de rayo lunar en el agua muerta de un estanque; hubiera sido aquello como una carcajada loca, turbando una atmósfera que parecía medir con horrible pesadez un sordo tic-tac que daba miedo, la disnea de la neurótica.

Quando pensó salir á escape, anhelaba con la sofocación voluptuosa y aterrada de un pecado grande... que se saluda con ese dulce y desesperado sollozo de la carne que se rinde; pero aquello era más grave y tenía algo de punzada en el corazón.

Con un sobresalto vivísimo de delincuente vió salir al médico de la alcoba, recogidas las mangas, crujientes las botas y casi borrado en la obscuridad su rostro pálido y serio.

Entonces preguntó, haciendo muy bien la hija, con una voz doliente y mimosa.

La enferma descansaba.

¡Descansaba!.. Períodos... crisis... una porción de cosas que no escuchó siquiera; ¡descansaba!..

Y bajó la escalera con rapidez de fuga, dando un gran suspiro y sacudiendo su brillante capellín de pieles, como si quisiera desparramar antes de salir un montón de cosas, oliendo á drogas, á tisanas, á escalpelos chorreantes y agudos, á éter...

¡Oh, el horrible éter, una promesa, una sentencia atroz para su mañana!..

Le daba miedo su crueldad; había saltado al coche con un brinco de gata, y se sentía envuelta en el recio estruendo de un galope que parecía participar de sus brutalidades indiferentes, de la rígida aspereza de aquel vicio sin placer, de aquel crimen sin grandeza, de aquella frialdad de su carne de virgen estéril, enfermiza con su virtud hipócrita y cobarde...

Había momentos en que sus ideas tenían obscuridades repentinas, hundimientos nebulosos, como dejándose ir en la penosa inercia de un sueño desagradable, y en aquellos instantes de extrema debilidad hubiera vuelto á su casa á llenarse la conciencia con la alegría y la luz de una buena acción.

Pero la sala del teatro, con su terciopelo rojo, que parecía conservar restos agrídulces de viejas golosinas, con su ardiente calor de carne en plena fiebre, con su luz escandalosa, semejante á la carcajada de una ramera enloquecida por el vino y los besos, la atraía, llamándola mucho y haciéndola sentir el extraño dolor de los esclavos del vicio.

Se agarraba á una idea tan mal sentida, *tan dura*, tan cerca de sus labios, que dos ó tres veces estuvo á punto de hablar sola dentro del coche:

- ¡Descansaba!..

Pero la imagen era resistente y enérgica; aquel pasillo con tenebrosidades de capilla; á un lado, su tocador lleno de notas azules, rojas, doradas, cho-

reantes, rodando en aquel suelo de aquel íntimo taller de sus perfumados orgullos... al otro la alcoba mal oliente, con su penumbra de enfermería que lloraba en los cristales, su Cristo huesoso y su enferma de rostro inerte, de un blanco de cera, con la nariz afilada, morada ya, como si estuviera respirando el espantoso hielo de la tumba...

¡Oh... no! ¡Qué idea más estúpida! ¡Descansaba!..

Y aquello fué lo mismo que todas las noches.

Un recuerdo de antiguas sonrisas, estudiadas al espejo del antepaleo; una actitud de exposición orgullosa, con la momentánea embriaguez de todos los días, ciñendo el raso crujiente á sus redondas caderas de criolla; igual en un todo la inexpresiva y superior mirada de sus ojos brillantes como el acero.

La voz artificial, enronquecida y opaca de las cómicas, que nada decían para ella; los aplausos brutales que le herían el cerebro; el rebullicio de una multitud sudorosa, molestada por un calor del todo desagradable.

¡Igual, lo mismo que siempre! Una gotita de placer, que á menudo no llegaba á los labios, en una gran copa de insípido brebaje. En la espalda los besos de una ráfaga fría, y en la frente el bochorno de una atmósfera ardiente y pegajosa, que se expresaba en el techo y sobre las luces como un velillo dorado y sucio...

Un triunfo sobre un traje, y luego el terrible fastidio de todo un acto en prosa, con entradas y salidas sin objeto y gritos desgarradores al final, que llenaban la cabeza de punzadas nerviosas...

¡Qué horas más largas, qué enorme tedio!

Cuando se palmoteaba el final del segundo acto, salió de allí con la repugnancia de un hartazgo de su vicio...

¡Después de todo, no valía la pena de haberse molestado tanto!

El coche emprendía su feroz galope de vuelta á la casa; adentro una cabecita preocupada se iba llenando de ideas morales y un pecho de virgen conmovida exhalaba á grandes suspiros sus últimas emociones de loca.

La fiebre se alejaba, dejándole una vaga alegría chispeando en los labios y en los ojos, y un tinte de púrpura fino y fresco cubría su rostro.

En el pasillo, la fierecilla de poco antes sonrió á la discreta sombra, que le prometía un sueño feliz.

Estaba otra vez en su caja de bombones, rodeada de promesas alegres, enérgica hasta ser capaz del sacrificio...

Se quitaba los guantes, la capa, ¡oh, una tarea muy importantel, mordiéndolo con mimo de niña las cintas de su capota, cuando vió salir otra vez al médico recogiendo las mangas de la levita.

Ya no le faltaba más que aquella posdata para dormir toda la noche de un tirón.

- Descansa, ¿verdad?..

De la sombra salió una voz que decía esto:

- Sí; ¡ha muerto ahora mismo!..

JOSÉ MORALES.

(Dibujo de Tamburini.)

## JERÓNIMO SUÑOL

Nos hallamos todavía, malaventuradamente, bajo la acción de un ciclo funesto, destructor implacable de cuanto significa ó representa el movimiento productor de nuestra patria en todas sus formas y manifestaciones. A la ya extensa lista de aquellos que con su palabra, con su ingenio ó sus virtudes contribuyeron al engrandecimiento de nuestro país, hay que agregar el nombre de un artista venerable, tan dotado de merecimientos como repleto de modestia, tan digno de aplauso por sus aptitudes como de



ESTATUA DEL DANTE,  
notable obra escultórica de Jerónimo Suñol

alabanza por sus cualidades. Sabíamos quién era y lo que significaba Jerónimo Suñol. La fama que le habían procurado sus seguros triunfos, exentos de exageradas explosiones, asignábanle, á nuestro juicio, caracteres excepcionales, y su nombre representaba para nosotros el de una personalidad artística sólidamente cimentada, merecedora del respeto y consideración á que tiene derecho aquel que con su propio esfuerzo é inspirándose en nobles ideales, logra singularizarse; mas hasta el mes de octubre de 1890 no nos cupo la suerte de conocerle. Una fiesta artística, organizada por un ilustre amigo de ambos, el que para nosotros lo fué queridísimo Víctor Balaguer, nos congregó en Villanueva. Tratábase de la solemne inauguración del monumento erigido al poeta Manuel Cabanyes en el pórtico de la Biblioteca-Museo fundada por aquel excelente patricio. Suñol ostentaba la representación de la Academia de San Fernando, Cañete la de la Lengua y el que estos renglones escribe la de esta Revista. A los tres nos brindó cariñoso hospedaje el llorado vate catalán en su encantadora casita de Santa Teresa, que allí, junto á su querida Biblioteca, recuerda su existencia y pregona su patriótico y cultísimo desprendimiento. En los tres días que vivimos reunidos, tuvimos ocasión y motivo para conocer hasta dónde llegaba la inteligencia, la bondad y el entusiasmo artístico que poseía Suñol. Entonces comprendimos la funesta é inevitable ingratitud que la patria reserva siempre en vida á los genios, para quienes no llega la glorificación hasta el momento en que no les es posible gustar de la satisfacción que habría de procurarles la reparadora justicia. Y cuenta que á ello tenía derecho, puesto que Suñol, aparte de deberlo todo á su personal esfuerzo, significa algo más que un escultor habilísimo y un artista inspirado, representa un innovador, un apóstol de nuevas ideas y conceptos, que impulsado sólo por su clarividencia, se atrevió á romper los antiguos moldes y cultivar un arte racional, que se adaptara á la evolución que presentía y á la época en que vivimos. De ahí su obra maestra, la hermosa representación del gran poeta florentino Dante, tan justísimamente celebrada. La sorpresa que produjo su legítimo triunfo fué una doble revelación, puesto que al revelar que el condicional *santero* se había trocado en artista, señaló á los que fueron sus maestros y compañeros una nueva y no soñada orientación. Ciertamente es que

el éxito logrado en Roma, fué regateado en Madrid por el rutinismo académico, saturado del arcaico clasicismo; mas esta contrariedad dió lugar á que el ya entonces maestro produjera la hermosa estatua de *Himeneo*, cual si hubiera tratado de demostrar la pujanza de su inteligencia y la variedad de sus aptitudes.

Difícil sería siquiera condensar, en el corto espacio de que podemos disponer, el resultado de una existencia laboriosa y fructífera cual la de Suñol. Por esto nos limitamos á consignar meras impresiones y recuerdos. Esto no obstante, hemos de decir que, perteneciente á una familia artesana, presto demostró su afición á cultivar la escultura, modelando figuritas de barro para los *belenes*, ingresando después en el taller de un *santero*, repitiéndose en él las mismas circunstancias que concurren en los que después fueron sus maestros, los hermanos Vallmitjana, bajo cuya dirección esculpió más tarde, entre otras obras, una de las estatuas, inspiradas en el neo-clasicismo imperante, que todavía decoran la fachada del Banco de Barcelona. Con las economías que pudo reunir, ya que se le confiaron algunos encargos, trasladóse á

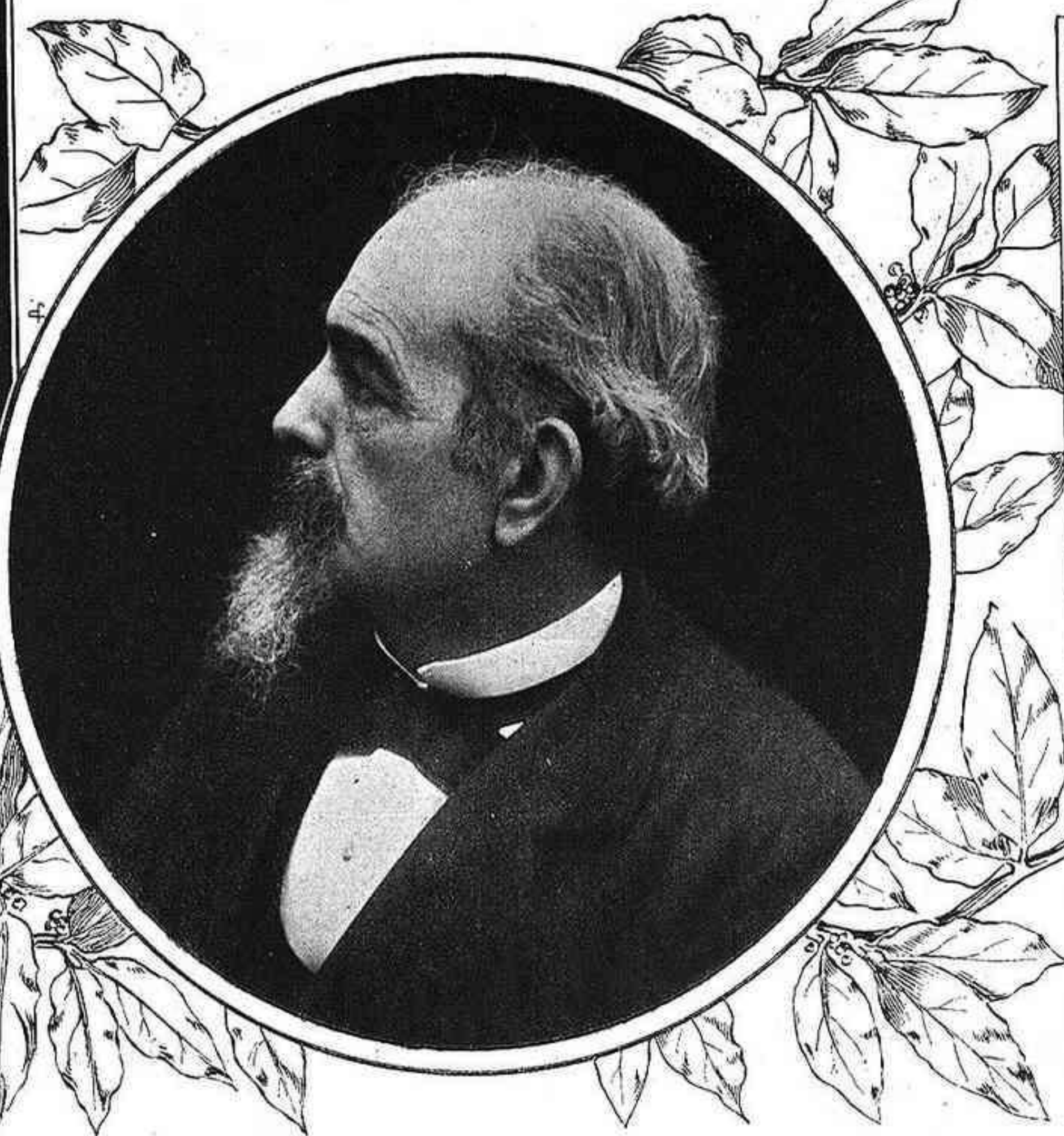
lón y cubría su cabeza con el diminuto morterillo de goma jabonada; el famoso rey de los circos, en una palabra; el que entraba en la pista corriendo tras el arito forrado de papel de plata; el hombre que borraba la tristeza de todos los corazones y pintaba la alegría en todos los semblantes; el gran Mauricio Jules, en fin...

\*\*

Una compañía de títeres y equilibrios le presentó en Madrid con gran lujo de reclamos. Traía no sé cuántas cruces y cintajos reales y universal renombre entre los artistas de su clase.

Hasta los más exigentes en el difícil y gastado tema de la risa convinieron en que, efectivamente, la fama del clown era por demás justificada; Mauricio era un clown de los que *hacen* público, de los que saben llevar muchas pesetas á la taquilla y muchos admiradores á su cuarto.

Como acontece siempre que de hombres notables se trata, á Jules le estudiaba, le observaba todo el mundo, y hasta sus mismos colegas comentaban, cada cual á su modo, las rarezas y genialidades del clown. Todos le calificaban con demasiada dureza:



El distinguido escultor JERÓNIMO SUÑOL, fallecido el 17 de octubre último



El marqués de Salamanca

Roma, realizando sus soñados deseos. Si su estancia en la Ciudad Eterna fué provechosa, demuéstrole, entre otras, la estatua de Dante, severamente concebida y ejecutada con encomiada simplicidad. Establecido en Barcelona, en donde suponía había de hallar vasto campo de acción, hubo de experimentar la amargura del indiferentismo de sus paisanos, entonces más amantes de la industria que del arte, viéndose obligado á trasladarse á Madrid, en donde ha vivido colmado de honores y distinciones, soñando siempre en su ciudad natal, sin que las circunstancias que le rodeaban le permitieran realizar la aspiración de toda su vida. Allí, aplanado su espíritu por la inesperada muerte de su queridísima hija, ha dejado también de existir aquel artista ilustre y cumplido caballero, aquel hombre virtuoso y noble en cuyo cerebro sólo germinaron ideas elevadas y en su corazón delicados sentimientos, aquel que tantas bondades dispensó á la nueva generación artística catalana y cuyo nombre significará una justificada gloria de nuestro país y nobilísimo ejemplo que imitar.

A. GARCÍA LLANSÓ.

## EL PAYASO DE PARISH

— ¡Gu..., gu!... ¡Ají..., ají!.. ¡Gu..., gu!..

Así decía Jules, el sugestivo y diabólico Jules, el excéntrico clown de Parish, aquel payaso inolvidable que se adornaba con su túnica de raso crema salpicada de sortijillas multicolores, su rizada gola de nieve lioteada al cuello, su media negra y su babucha moruna de oro viejo... Aquel clown que se embadurnaba de churriguerescos parches de berme-

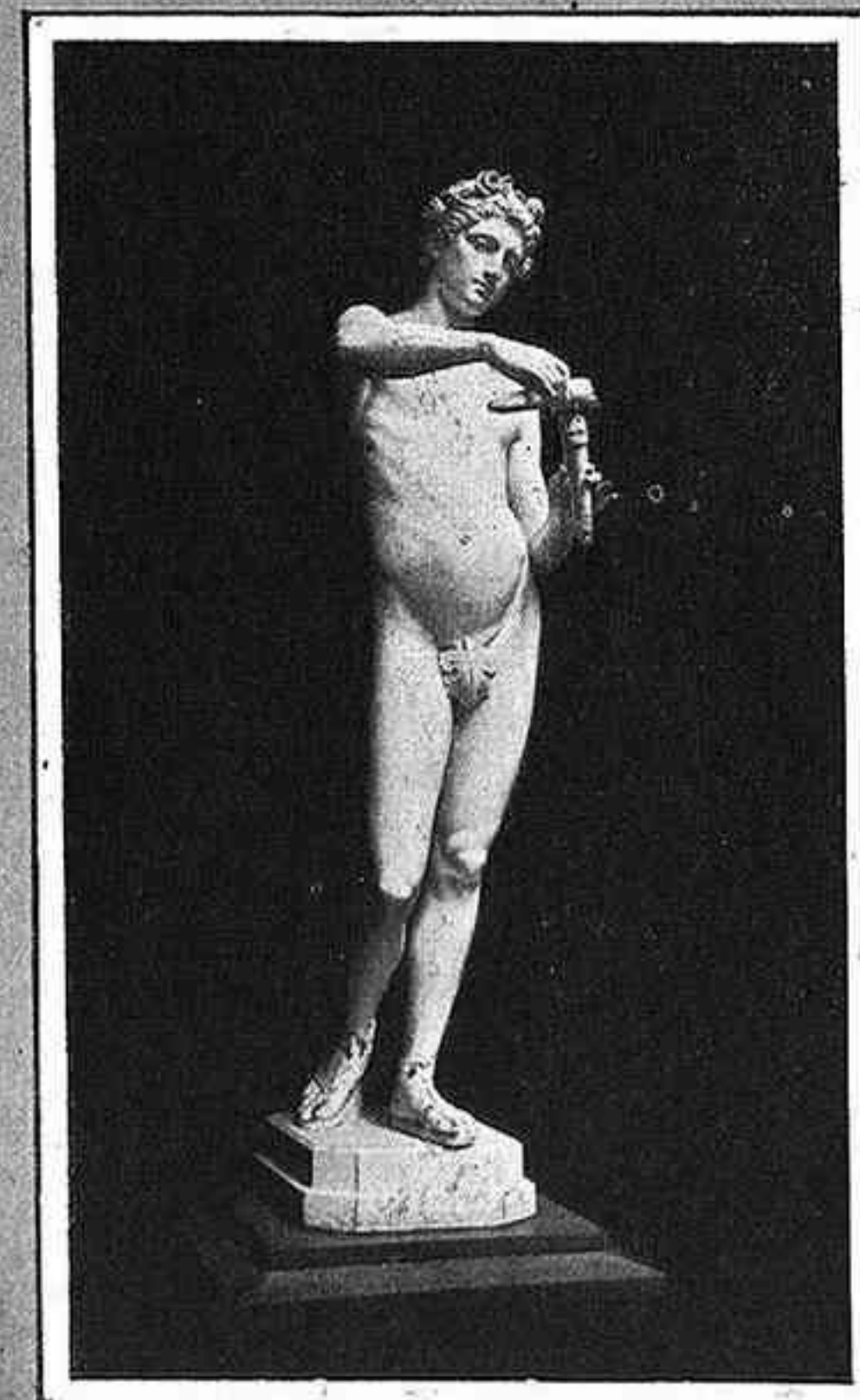
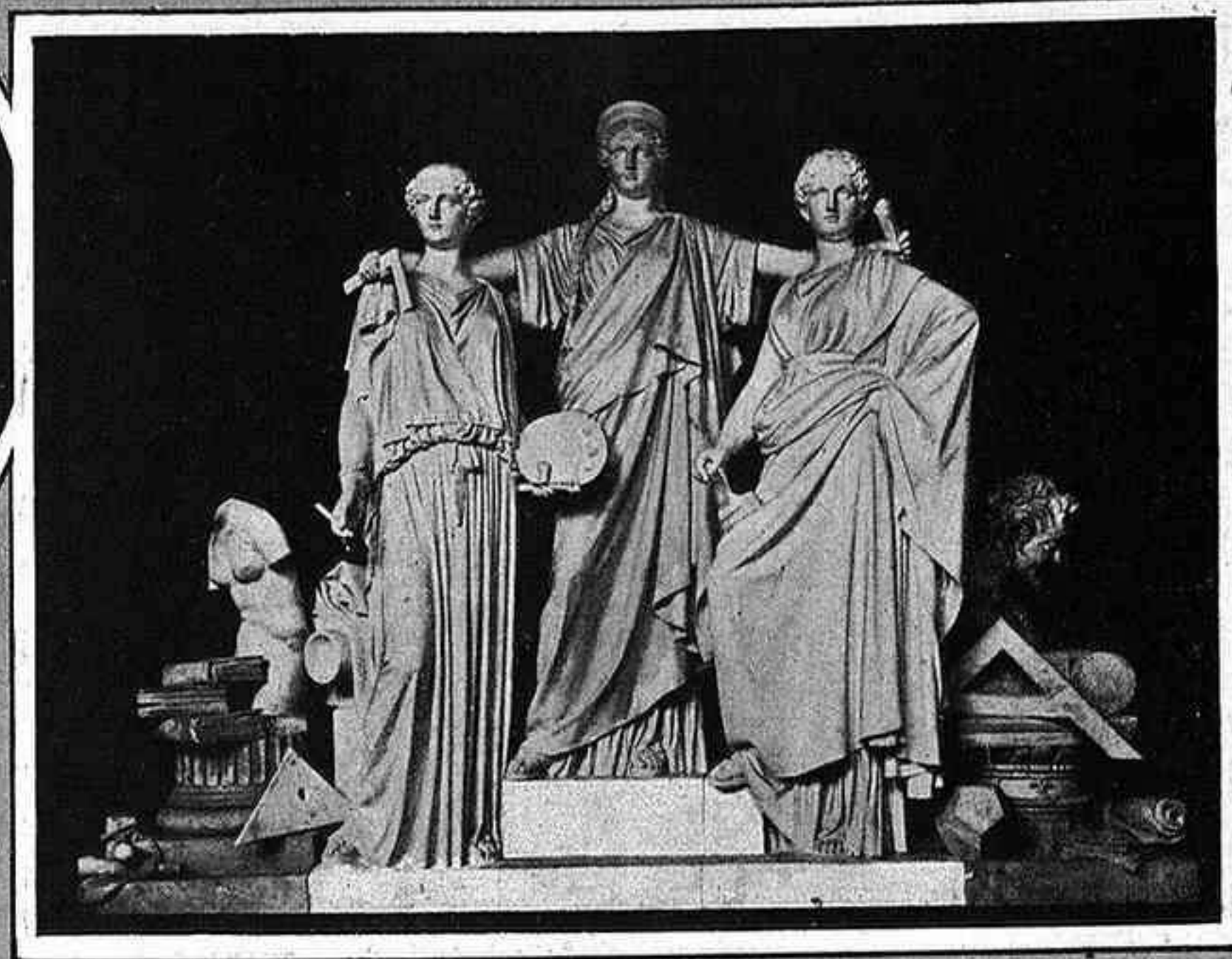
se le apostrofaba de hombre brusco, uraño y desabrido; en su cuarto no admitía chácharas ni tertulias que, según él, calentaban la cabeza, y era, en una palabra, un aislado misántropo, de un escepticismo que llegaba á descortés y hasta grosero. Pero en la pista, con su túnica crema y su bermellón rojo, un clown, un verdadero payaso, una máquina de risa, un filón inagotable para una empresa, una gran joya en los bazares de su arte, un imán poderoso para arrancar al público la rítmica estrofa de las carcajadas, una especie de mágico arlequín que sugestionaba y mandaba, y dormía cerebros y robaba voluntades, y reía y reía, y la masa le seguía riendo... ¡Quizá un desequilibrado neurasténico! ¡Acaso una vida enferma, un alma muerta, un hombre triste!.. ¡Quién sabe si el espíritu cristalizado y negro de un vaso de amarguras!

\*\*

Por una circunstancia casual era yo amigo de Jules, y todas las noches, después de la función, solíamos pasear juntos hasta la madrugada.

En el curso de nuestras primeras conversaciones advertí que Mauricio odiaba la humanidad, maldecía la vida, y á veces hasta miraba el cielo y escupían sus ojos una lágrima de hiel, porque mucha hiel habían bebido sus labios y muchas risas habían humedecido sus mejillas. Pero dentro de aquel hombre, en el fondo, vivía un espíritu de nobleza, cierta mezcla de piadosa bondad y una fe virgen estrujada y reclusa en la lobreguez del más frío escepticismo.

Pronto me convencí que Mauricio aprovechaba mi amistad como un gran remedio para su salud;



ESTATUA, busto en mármol. - GRUPO ALEGÓRICO PARA LA FACHADA DEL EDIFICIO DESTINADO Á BIBLIOTECA NACIONAL. - RETRATO DE MARIANO FORTUNY, relieve en mármol. - SAN PABLO, estatua en mármol. - DOLOROSA, grupo en madera. - SANTA TERESA DE JESÚS, estatua en madera. - EL NARRADOR, estatua en mármol. - ROSSINI, busto en mármol. - HIMENEO, estatua en yeso.

sentía desfallecer su espíritu en la eterna soledad del cansancio y buscaba un afecto que le sirviera de sostén, un lazo íntimo que le ayudara a vivir, un corazón generoso y grande que fuera amigo y hermano del suyo, grande y generoso también; algo que le consolase, que le confortara, porque si no, aquellos treinta años de cruel y silenciosa lucha rendíanse agostados en el pálido anochecer de un otoño de dolores.

Mauricio tendría próximamente treinta años, y era alto, delgado, cetrino de color, duro de facciones y enérgico y grave de aspecto; afeitado y atusado el cabello, vestido siempre de riguroso negro y con la mirada inteligente y majestuosa de sus ojos grises, más parecía un severo castrense que un clown de circos. La gravedad inglesa era su gran distintivo. Su figura denunciaba a primera vista la de un tipo extranjero. Hablaba el inglés y el alemán, aunque generalmente lo hacía en francés. No era extraño, pues, que hablara también el español, pero sí que su pronunciación fuese tan clara y su dicción tan correcta. Alguien le hubiese creído americano; yo le tomaba por un cosmopolita cultísimo.

\*\*

Una madrugada subíamos con pere-zoso paso la calle de Alcalá. Era ya tarde, casi amaneciendo, en ese amanecer fresco y risueño del verano de Madrid. Sentados en las sillas de Recoletos habíamos pasado dos horas charlando de cosas y costumbres extranjeras, y picados ya de sueño y de galbana, Mauricio y yo volvíamos cansados hacia la Puerta del Sol.

-Y Madrid, le pregunté con cierto tono de patriótico orgullo, ¿le gusta a usted Madrid?

Jules hizo un gesto que no supe traducir, y deteniéndose me dijo:

-De Madrid ya hablaremos un día...; sí, me gusta, sí (y me pareció ver una lágrima temblando en las pupilas negras del clown); Madrid es mi vida, lo que más quiero y lo que más odio; es mi poema negro y azul, yo soy todo Madrid; no es chanza, créame usted; yo no soy inglés ni francés: Mauricio Jules es sencillamente un nombre que he comprado en el extranjero; la Fortuna me hizo un día clown, y con mi túnica crema y mi risa artificial he ganado muchos francos... Sali casi un niño y he vuelto ahora; he vivido muy de prisa; mi juventud ha sido una carcajada de veinte años; verdad es que riendo se llega más pronto a la vejez...

Yo escuchaba asombrado a Mauricio.

Mauricio continuó tras una breve pausa:

-Ya ve usted, cuando he vuelto a abrazar a mis hermanos, casi no les conocía: en mi casa, en mi gran casa, unos me besaban, otros me miraban asombrados, los más huían de mí... Nadie se explicaba que después de tantos años volviese a visitarles este pobre clown... Una de estas tardes presentaré a usted mi familia. ¡Ya verá usted qué honrados y qué buenos son mis hermanos! Se alegrarán y celebrarán mucho la visita de usted, porque mis hermanos no cultivan amistades de ningún género; únicamente yo que ahora me paso las tardes con ellos hasta la hora del circo; pero después, cuando salga de nuevo al extranjero, volverán a quedarse solos, aislados, como estaban cuando les encontré... Pues sí, mañana, pasado, cualquiera de estos días, tomaremos un carruaje y presentaré a usted en mi casa.

Mauricio cumplió pronto su palabra.

Tres ó cuatro días después, un carruaje nos llevó, una tarde, a las puertas de su casa. Entonces conocí la historia del clown y saludé a sus numerosos, a sus muchos hermanos. Aquel día sufrí una impresión dolorosa: yo no había visitado nunca el Hospicio de Madrid...

E. ALBERTO CARRASCO.

## MUJER CON DOS HIJOS ENFERMOS

TIPO DE ANCIANA

Acuarelas de Luciano Simón

Entre los modernos pintores franceses, pocos poseen en tan alto grado como Luciano Simón las

calidades que pueden calificarse de más preciosas en un artista: claridad, percepción independiente, sinceridad y prodigiosa libertad en la ejecución. Preciso y sobrio, enérgico y sano, sabe exactamente lo que desea y adónde va; contempla la naturaleza frente a frente, y poniéndose en contacto inmediato con ella, ve la vida tal cual es y la reproduce sin sentir jamás los desfallecimientos que acometen a tantos artistas modernos, sin dejarse nunca vencer por las seducciones que tantos estragos causan entre



MUJER CON DOS HIJOS ENFERMOS, acuarela de Luciano Simón

sus colegas, sin que el clamor de sus triunfos haya podido apartarle de la senda que su corazón y su cabeza de consuno se trazaran.

Sus obras se distinguen por su unidad y por su lógica, porque al componerlas preocupase Simón ante todo de la simplicidad y del equilibrio, buscando en ellas la reproducción vigorosa de la impresión sentida.

Ni censuras ni halagos consiguen turbar su serenidad; mas no se crea por esto que es un indiferente: su frialdad es sólo aparente, y debajo de ella se oculta una ardiente sensibilidad, un alma apasionada. Si hubiéramos de compararle con un escritor, escogeríamos para la comparación a Gustavo Flaubert. Existen, en efecto, grandes puntos de contacto entre el autor de *Madame Bovary* y el pintor de *Regreso de misa en Penmarch*, *Luchas en Finisterre*, *el Circo de feria* y *La procesión*: uno y otro sienten y expresan del mismo modo; en ambos palpitan el mismo amor a lo humano, el mismo deseo de llegar a lo hondo del corazón al través del gesto externo, de la envoltura visible. Ambos también proceden por eliminación, y así vemos que Simón, puesto delante de una escena de costumbres, la observa y estudia por entero, mas sólo retiene de ella lo principal, desdeñando todo lo secundario; de aquí que sus cuadros, reducidos y concentrados, por decirlo así, a su mínimo de expresión, resulten de un vigor tan asombroso.

Luciano Simón, nacido en 1861, expuso por primera vez en el Salón de 1893 de la Sociedad Nacional de Bellas Artes, y desde entonces su carrera ha sido un continuado triunfo, pudiendo afirmarse que por su laboriosidad, por sus excepcionales dotes técnicas y por su probidad artística es uno de los pintores contemporáneos más dignos de ser admirados. - R.

## VIDA DE MUERTE

El aspecto de la toldilla del *Edam* de la N. A. S. M. de Rotterdam no podía ser más triste. Uno junto al banco del timón supletorio, dos cabibajos sentados en dos sillas de tijera al lado del fumadero, y los tres restantes inclinados hacia el mar y apoyándose en la borda, los seis pasajeros atravesábamos un momento de desaliento y hastío que durante el viaje se había repetido con frecuencia.

Regresábamos de América. El panorama del mar no despertaba en nosotros ninguna emoción. De países distintos y sin dominar en absoluto una lengua común, ante el esfuerzo de voluntad que era necesario para una inteligencia, que no siempre conseguíamos a pesar de recurrir a una poliglotía babilónica, nuestras relaciones quedaron reducidas a las puramente obligadas entre gentes que han de vivir en la estrecha comunidad que impone la existencia a bordo.

De nuestras particulares opiniones conocíamos las que se referían al país que acabábamos de abandonar. Van Velsteren y Van Houten, dos holandeses, salían disgustadísimo de la República Argentina; Foustain, un francés, no había encontrado en el Uruguay modo de aplicar su actividad; Castrini, un florentino, volvía decepcionado de Chile, y lo mismo Bulows, el alemán, que yo, devolvíamos al viejo mundo la tristeza con que nos habíamos ido.

Era el décimo día de viaje; nos hallábamos en el fumadero dispuestos a matar unas horas jugando a cualquier juego, pero el calor sofocante de aquella tarde ecuatorial nos privaba todo movimiento y aniquilaba en nosotros todo deseo. Poco a poco, y uno tras otro, fuimos abandonando la partida, y sin saber cómo, unos tendidos sobre los divanes, otros dormitando apoyados en las mesas, nos encontramos todos reunidos de nuevo en el salón.

- ¡Qué fastidioso!, exclamó alguno.

- ¡Esto es horrible!, replicaron otros.

- Yo me explico la causa de nuestro malestar, arguyó Bulows.

- No es cosa tan difícil, repuso Foustain.

- Más de lo que usted se figura. Cuando menos la que yo tengo por tal.

- Para mí no hay otra que la de este calor que asfixia y enerva.

- Usted se equivoca, amigo mío. Las penalidades que nos proporciona la temperatura serían llevaderas, como lo

son para los otros, si no existiese aquella a que me refiero.

- Hable usted, pues; que conozcamos todos esa causa, dijimos uno tras otro los reunidos.

- La llevamos nosotros en nosotros mismos, comenzó diciendo Bullows. Temo asegurarlo, porque me infunden miedo las responsabilidades; pero no hago más que sujetarme a las instancias de ustedes; y tengan mis palabras el valor que tuvieren, he aquí mi opinión. Nuestro mal proviene de nuestra falta de fe, de nuestra falta de ideal, de nuestra falta de entusiasmo. La carencia de la primera ha tenido como consecuencia la muerte del segundo y la inutilidad del último. Sin ser bastante fuertes para emanciparnos, nos hemos desprendido de un estímulo que ya considerábamos superfluo, substituyéndole irreflexivamente por otro nuevo, más halagador a nuestra naturaleza. Al culto de un dios rodeado de misterio, hemos pretendido oponer el culto del hombre, tratando de circunscribir a un período efímero de vida mortal nuestra existencia. Olvidados, por el deslumbramiento de un minuto, de las mil necesidades del espíritu humano, nuestros esfuerzos todos se han encaminado a las conquistas de orden puramente material, y sólo cuando la ciencia ha realizado lo que llamamos sus milagros hemos logrado saber que ni todas las locomotoras, ni todas las dinamos, ni las más sabias é inteligentes máquinas, han contribuido a la felicidad de un solo hombre, y que no hay mecanismo, por poderoso que sea, que arranque de nuestro pecho la angustia profunda que ocasiona el considerarse aislado y sin la mano amiga que nos auxilie en la tristeza y abatimiento de un instante de desgracia.

- ¡Luego usted achaca la culpa de nuestro malestar a la ciencia?

- No hago yo tal. La ciencia cumple una misión

benéfica, aunque secundaria, para los altos fines que la humanidad indudablemente tiene señalados. Lo que he dicho, si no recuerdo mal, es que los hombres, deslumbrados por esos progresos, han confiado á la ciencia una misión que no es la suya, y necesitados de una fe, con la fe en la ciencia han tratado de substituir la antigua fe. Como el fracaso no se ha hecho esperar y ha sobrevenido la decepción lógica, he aquí que los hombres, y nosotros parte de ellos, erramos por la vida desalentados y maltrechos, limitando nuestra acción á nuestro propio bien, y cuando la fortuna nos olvida, deshecha entre nosotros la solidaridad que representaría la fe en un ideal común, damos por terminada nuestra misión, y con llorar nuestra derrota, desesperados unos, resignados otros, aguardamos el fin sin recomienzo posible. Aventureros en esa lucha por el bien individual y egoísta, en esa lucha sin beneficio ni trascendencia para el prójimo, nosotros, vencidos una y otra vez, hoy en América como ayer en Europa, llevando en el fondo de nuestra alma el sedimento de tantas ilusiones perdidas, de tantas decepciones sufridas, de tantos deseos malogrados, es natural que agobiados por la pesadumbre de un sentimiento que gravita sobre nuestro corazón, el sentimiento de haber equivocado la ruta y haber desoído la voz prudente que para advertirlo resonaba en nuestra conciencia, es natural que nos sintamos devorados por una tristeza y una angustia, que son producto de aquel error y de la certidumbre de que lo porvenir ni podrá resarcirnos ni ayudarnos á la conquista de todo lo que ha desaparecido con el pasado...

ansiedad es justa. ¿Acaso habíamos de contentarnos con el papel de espectadores de la vida, sin aspirar á una participación en ella? ¿Habría sido prudente

más grave es la desesperanza que con su pesadumbre agobia nuestro pecho. Al infructuoso pasado se une el desastroso presente y el miserable porvenir que ya presentimos, pues ni en nuestro corazón late una fe, ni queda ya en nuestra alma un entusiasmo...

Ya ve usted, continuó al cabo de un instante dirigiéndose á Foustain, que mi opinión sobre la causa de nuestro estado de desfallecimiento está muy lejos de parecerse á la de usted.

Nadie replicó. Parecíamos todos haber quedado bajo la influencia de sus palabras, reflexionando y meditándolas.

Y el *Edam* continuaba su marcha por entre aquella atmósfera caliginosa, proa hacia un norte que permanecía oculto tras el velo tupido de un horizonte difuminado en una lejanía indecisa.

Bullows y yo, juntos, habíamos subido nuevamente á la toldilla y silenciosos contemplábamos el mar.

— Así como me parece haber descubierto la causa, creo también haber dado con el remedio, díjome de pronto, volviéndose hacia mí de un modo imprevisto.

— ¿?

— Busco y trato de aprovechar todas las fuentes de poesía y ensueño que encuentro en mi camino. Suplo de ese modo la falta de una aspiración más práctica á que tender.

— Pero...

— Sí, sí; en vez de vivir, sueño.

Y no hablamos más. Cada uno, dominado por sus propios pensamientos, encerróse en sí mismo, y la noche repentina de los trópicos cayó sobre nosotros, constelando de estrellas el cielo azul, obscureciendo y estrechando el círculo del mar, y llenando de rumores el limitado espacio en que la vida y la

industria humanas se albergaban en medio de aquel desierto desconsolador de aguas.

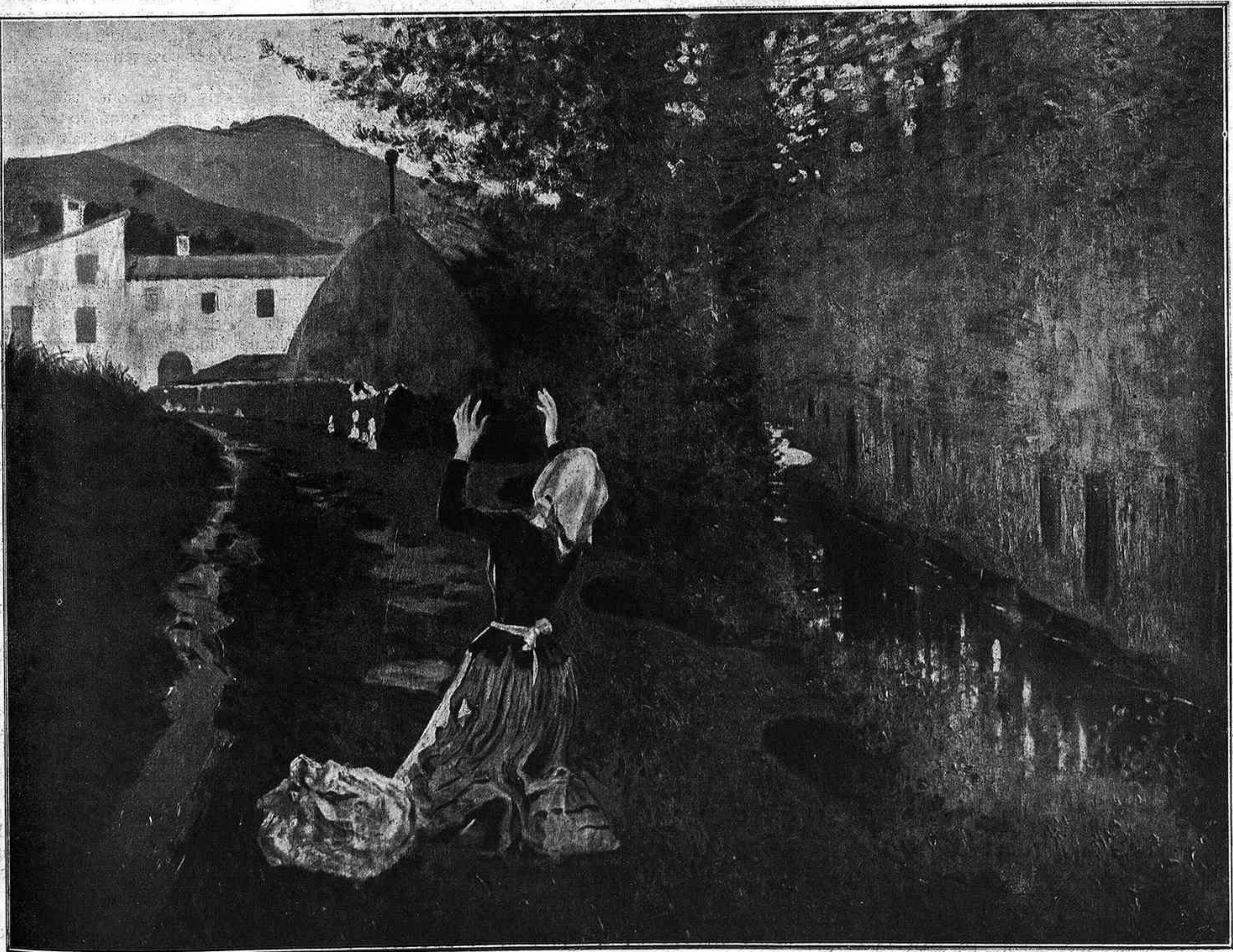
TOMÁS ORTÉS-RAMOS.



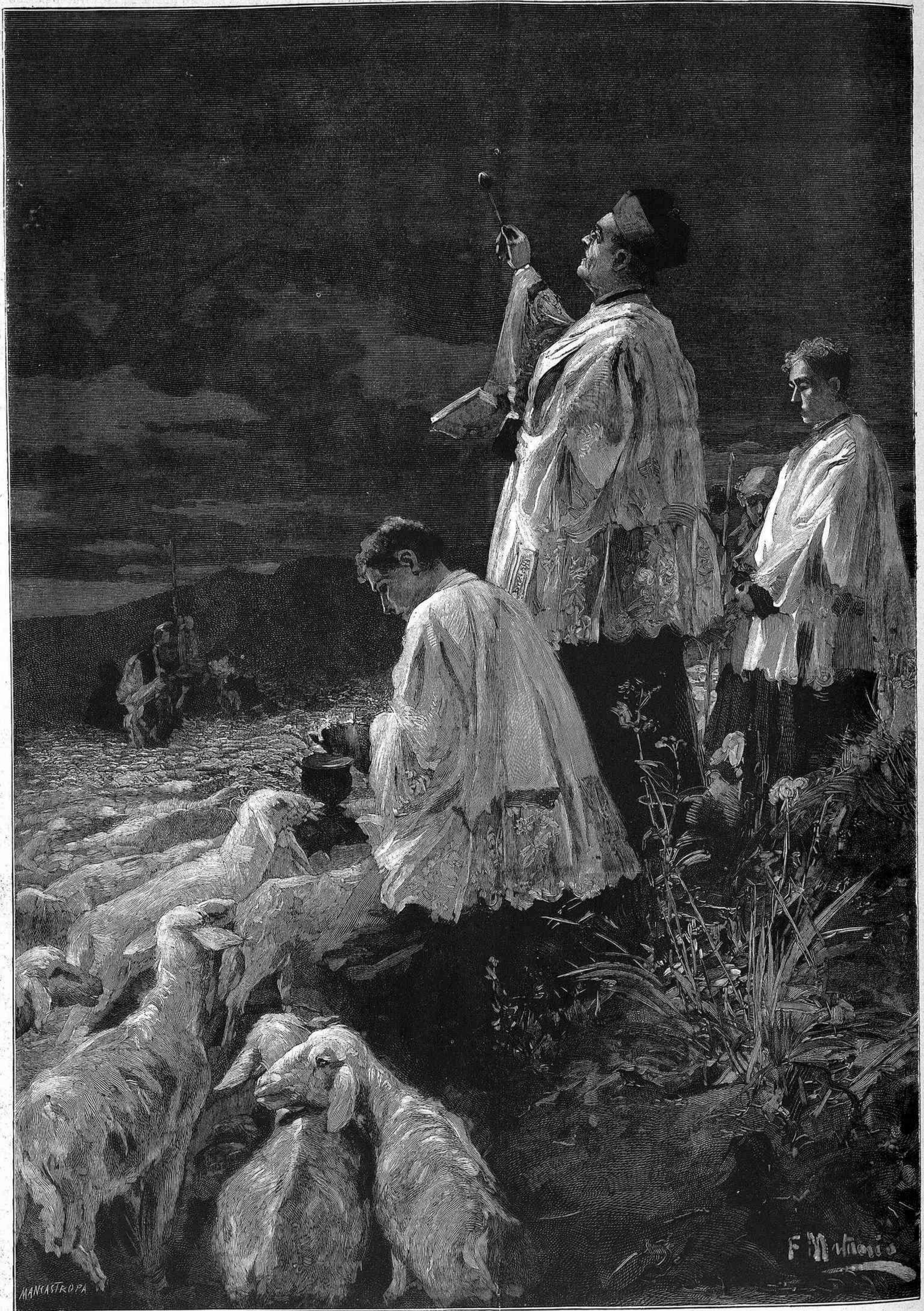
TIPO DE ANCIANA, cuadro de Luciano Simón

Limitado á esta vida mortal, reanudó Bullows después de la pausa, nuestro desenvolvimiento, es concebible el dolor que el fracaso de nuestras esperanzas nos produzca. ¿Dónde, cómo y cuándo podremos recuperar lo que los días transcurridos sin placer ni goce nos robaron? Nuestra

la renunciación? ¿Por qué y para qué? Los incentivos eran muy grandes para acogernos á una pasividad reñida con nuestra propia naturaleza, y hemos luchado, y hemos sufrido la derrota, cuya consecuencia



La hija arrepentida, cuadro de Juan Llimona. (Salón Parés.)



LA BENDICIÓN DEL GANADO EN SICILIA, dibujo de F. Matania





LECCIÓN MATERNAL, cuadro de Jorge Claude

NUESTROS GRABADOS

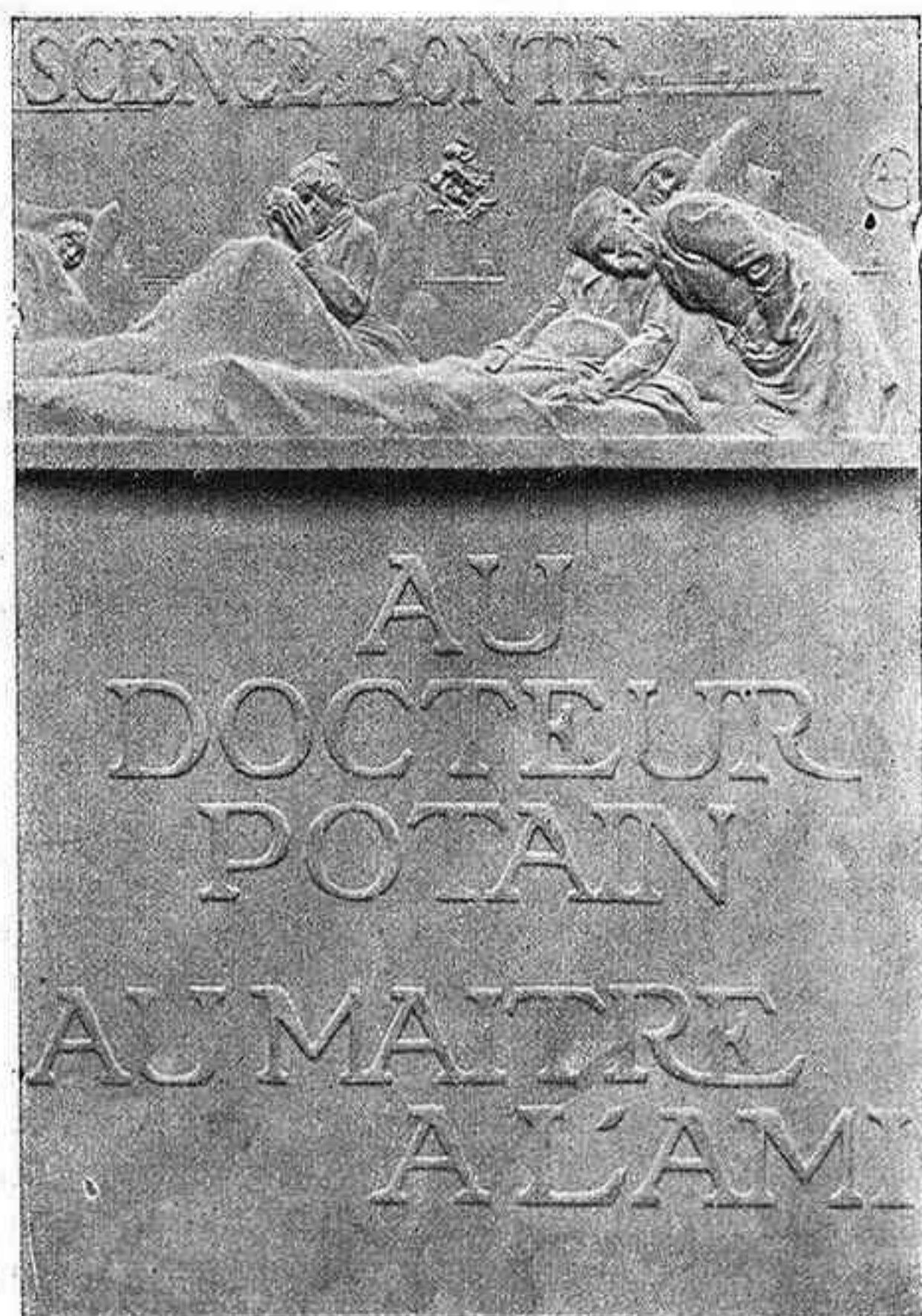
**El viento, candelero modelado por G. Gurschner.**— Sea por seguir la corriente del gusto moderno, sea por propio impulso, es lo cierto que hoy existen distinguidos artistas que no se desdientan en emplear sus aptitudes y dedicar buena parte del tiempo á la vez que su talento á objetos



EL VIENTO, candelero modelado por G. Gurschner

realmente insignificantes; gracias á esto, el arte se ha vulgarizado, sin por ello rebajarse, y se ha hecho asequible á las más modestas fortunas, que por precio relativamente pequeño pueden adquirir obras firmadas por quien en otros tiempos sólo estampara su firma en costosas producciones. A este género de objetos artísticos pertenece el elegante candelero de Gurschner que, además de su simplicidad y belleza de líneas, se distingue por su originalidad.

**Plancha dedicada al Dr. Potain, obra de Alejandro Charpentier.**— Entre los artistas que en Francia



PLANCHÁ DEDICADA AL DR. POTAIN, obra de Alejandro Charpentier

se dedican al modelado de medallas y planchas en relieve ocupa lugar principalísimo Charpentier: sus obras son esencialmente realistas, interviniendo poco en ellas la fantasía; y en cuanto al procedimiento técnico, su nota dominante es la

sobriedad, que tan bien sienta en trabajos de esta índole. Estas cualidades se aprecian perfectamente en la plancha dedicada al eminente sabio Dr. Potain, que adjunta reproducimos.

**La hija arrepentida, cuadro de Juan Llimona.**— En las conmovedoras escenas que retratan la existencia y en todo lo que á ella se refiere, recordándonos el hogar y la familia, hallará siempre el artista inagotables temas que representar. Todos los asuntos que trate de desenvolver, dándole forma, animación y vida, llevarán en sí el sello de un sentimiento delicado, que hará siempre vibrar las fibras del corazón. De ahí que siendo tan múltiple y extensa la esfera de acción del hombre, tan diverso y general su movimiento, dadas sus aspiraciones y deseos, reconcentre, sin embargo, todo su ser en el reducido límite del hogar, santuario de sus afecciones, en el que se hallan reunidos los recuerdos de los seres queridos que dejaron de existir y los que constituyen su encanto. A este género pertenece la acertada composición del reputado pintor catalán Juan Llimona, quien nos presenta á la hija arrepentida al divisar el paterno hogar, del que en mal hora saliera, afligida y angustiada, ansiosa de hallar el afecto que mitigue hondos pesares y el perdón que borre pasadas culpas.

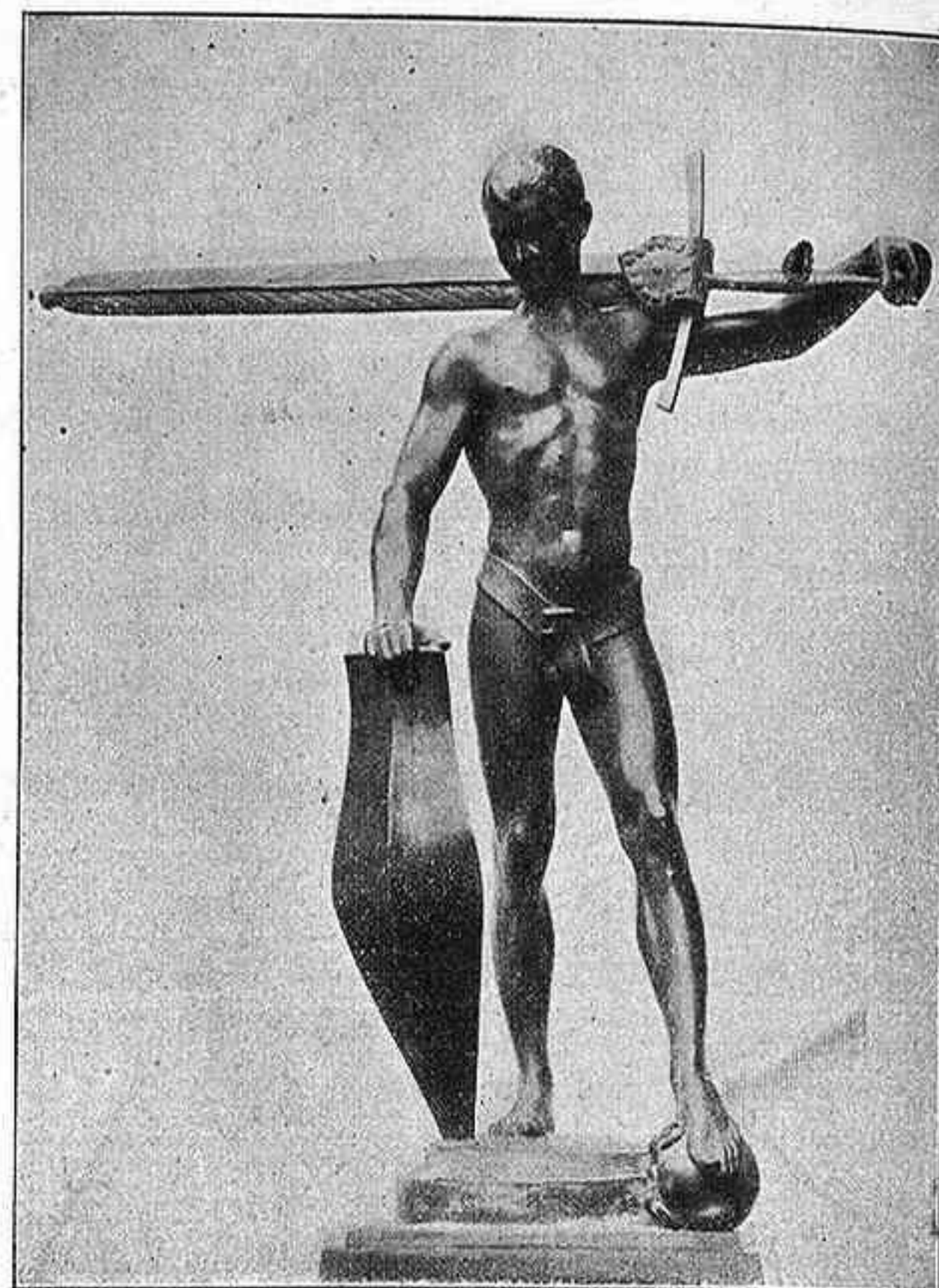
**La bendición del ganado en Sicilia, dibujo de F. Matania.**— Toda Sicilia vela durante la noche de la Ascensión, y en toda la isla se encienden fogatas como en la víspera de San Juan. Las mujeres de Trapani dejan al sereno las ropas de la familia, convencidas de que Dios las bendecirá. En Palermo el espectáculo nocturno es grandioso y fantástico: por todas las calles de la ciudad resuenan flautas y tambores, cítaras y esquilas, balidos de ovejas y mugidos de bueyes; son los rebaños que guiados por pastores y zagales y precedidos por grupos de muchachas cantando y bailando, se dirigen al campo para ser solemnemente bendecidos. Sobre los velludos pechos de aquellos hombres cuelgan estolas de lana encarnada, saquitos llenos de sal, clavos de rosca, trozos de coral suspendidos de una cinta roja, colmillos de jabalí, patas de langosta, peccitos de nácar y otros varios amuletos que preservan de la jettatura. En el acto de la bendición, los hombres, las mujeres y los niños forman grupos separados; los animales se colocan á lo largo de los muros del Foro Itálico, y los pastores encienden linternas encarnadas y llevan sus rebaños á una especie de barranco que se abre sobre la playa. Aparece entonces en lo alto del ribazo un sacerdote revestido de sobrepelliz, que con gesto majestuoso bendice el ganado con aspersiones de agua de mar; hecho lo cual márchase el cura, y los pastores continúan la sacra rociadura de sus rebaños. Y cuando asoma el alba, las gentes vuelven á sus hogares y las bestias á sus rediles, cuadras ó establos, con el mismo aparato y con la misma algazara con que fueron á la típica ceremonia.

**Lección maternal, cuadro de Jorge Claude.**— ¡Cuán delicioso el grupo que forman madre é hija, aquélla guiando la inexperta mano de la niña y ésta fijando profundamente su atención en la labor que con ajeno auxilio ejecuta! La escena no puede ser más sencilla; y sin embargo, está tan perfectamente observada y con tanta fidelidad trasladada al lienzo, que su contemplación nos embelesa y nos hace admirar el talento del pintor que de un modo tan magistral ha sabido tratar un asunto en apariencia nimio, sin interés alguno. Y es tal el vigor, la fuerza de expresión que ha impreso el artista en esas dos figuras, que á pesar de los muchos accesorios de toda clase que llenan por completo el cuadro y con los cuales parece haberse propuesto el autor hacer gala de su imaginación y de su habilidad técnica, no se distrae un punto el que mira la obra, sino que sus ojos se fijan irresistiblemente en el grupo que sobre todos ellos se destaca, demostrando con ello que por encima de las bellezas de ejecución, por muchas que éstas sean, estará siempre el elemento psíquico, es decir, aquello que procede del alma y al alma habla directamente.

**Dulce coloquio, cuadro de J. Young Hunter.**— Aunque las modernas tendencias van por muy distintos derroteros, comprendemos que haya artistas que de cuando en cuando se sientan impulsados á tratar asuntos de épocas que sólo de referencia pueden conocer, si en ellos encuentran elementos pictóricos que en vano buscarían en temas similares contemporáneos. La Edad media, con sus costumbres caballerescas, ofrece bajo este concepto ancho campo á la imaginación de los que al cultivo del arte se consagran, quienes, ayudados por el estudio concienzudo de la historia y de la arqueología, pueden llegar á darnos una idea casi exacta de aquellos siglos y de aquellas gentes, sobre todo si en el fondo de la obra por ellos creada palpita uno de esos sentimientos que han existido y existirán siempre, resistiendo todas las influencias de lugar y tiempo y perpetuándose al través de las más diversas circunstancias. Tal sucede con el cuadro del notable pintor inglés Young Hunter: inspirado en el tema siempre nuevo del amor, nos presenta una escena tan naturalmente reproducida, que nos causa la impresión de la realidad y nos transporta á centurias tan distantes de la nuestra, sin que nuestro pensamiento haya de realizar el menor esfuerzo para asimilarse la idea del pintor y para identificarse con la época en que la escena se desarrolla.

**La paz armada, escultura de M. Streicher.**— El autor de esta escultura ha dado forma á la idea que los antiguos expresaron con la frase *Si vis pacem para bellum* y que los modernos Estados traducen con las palabras «Paz armada.» Para ello ha modelado una bellísima figura de manco que empuña con la diestra el escudo y con la izquierda sostiene apoyado en el hombro el pesado montante; su actitud

reposada indica que la paz es su aspiración suprema; pero su recia musculatura, la expresión resuelta de su semblante y las armas que lleva demuestran al mismo tiempo que ni teme



LA PAZ ARMADA, escultura de M. Streicher

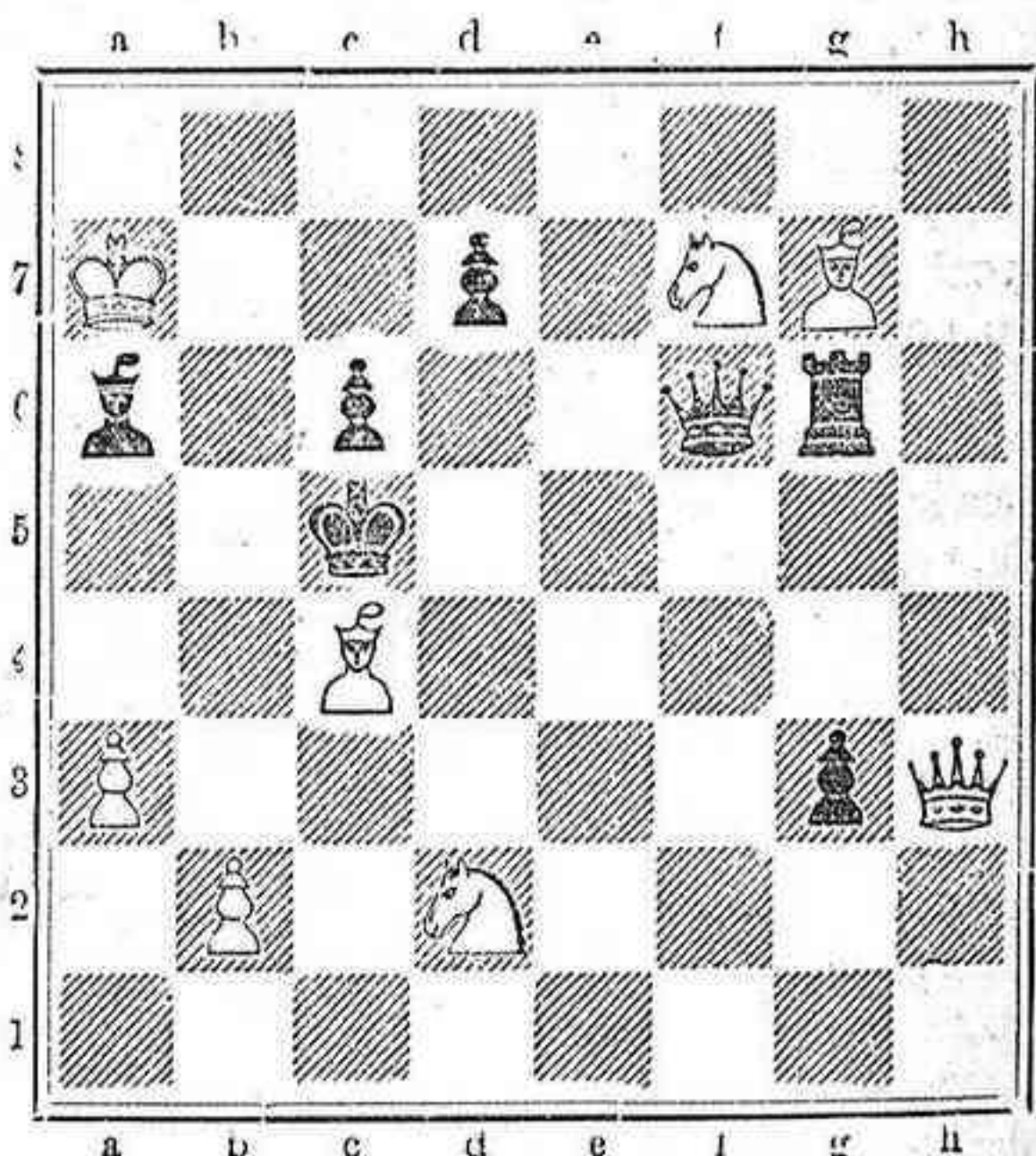
las agresiones de sus enemigos, ni le habrían de encontrar desprevenido sus ataques. La obra de Streicher, inspirada en un pensamiento levantado, que el escultor ha sabido interpretar con sumo acierto, es además, desde el punto de vista técnico, un trabajo perfecto por la corrección de sus líneas, por la armonía de sus proporciones y por la naturalidad que en toda ella campea; y reuniendo tales condiciones, no es de extrañar que haya llamado la atención de los inteligentes.

Las numerosas personas que emplean la **CREMA SIMÓN** han adoptado asimismo los **POLVOS DE ARROZ** y el **JABÓN** á la **CREMA SIMÓN**.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 300, POR B. PRIKRYL. Segundo premio del Concurso de «La Stratégie» sección A.

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 299, POR J. JESPERSEN.

- |                     |              |
|---------------------|--------------|
| Blancas.            | Negras.      |
| 1. Rb6—c5           | 1. Rd2—c1    |
| 2. Ac4—d3           | 2. b2—b1 (D) |
| 3. Ad3xb1           | 3. Rc1xb1    |
| 4. Ta2—h2           | 4. a4—a3     |
| 5. Rc5xd4           | 5. a3—a2     |
| 6. Rd4—c3           | 6. a2—a1 (C) |
| 7. Th2—g2           | 7. c6—c5     |
| 8. Tg2—e2           | 8. c5—c4     |
| 9. Rc3xc4           | 9. Ca1—c2    |
| 10. Rc4—c3          | 10. Cc2—a3   |
| 11. Rc3—b3 y ganan. |              |

VARIANTES.

- |                    |                    |
|--------------------|--------------------|
| 7. Rc3—b3 y ganan. | 6. a2—a1 (D) jaque |
| 2. Ta2xb2 jaque    | 1. d4—d3           |
| 3. Tb2—a2          | 2. Rd2—c3          |
| 4. Ac4—e2          | 3. d3—d2           |
| 5. Ta2xd2          | 4. Rc3—b3          |
| 6. Ae2—c4 jaque    | 5. a4—a3           |
| 7. Td2—h2 y ganan. | 6. Rb3—c3          |

VÍA LIBRE

NOVELA ORIGINAL DE E. WERNER. - ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

- No me hable usted con tanta confianza, dijo Leonia con voz acerada. ¿Cuántos años hace que se casó?

Willmann vaciló: habría querido reducir al mínimo el número de años de felicidad conyugal, pero en el jardín saltaban sus seis hijos, los seis, desde la pequeña de dos años, hasta el primogénito, un muchachote regordete de diez.

- Hace once años, murmuró.

- Y hace doce que me escribió usted que estaba á punto de partir para el interior de Africa, para ser misionero entre los paganos..., aquella fué su última carta. Y por el contrario, se ve que entonces regresó usted á Alemania sin avisarme...

- Lo hice por ti..., por usted, Leonia, respondió Engelberto procurando dar á su voz el acento más conmovedor. Fué el mayor sacrificio que podía hacer por ti... Comprendí que éramos demasiado pobres, que yo no tenía ninguna posición y pensé que quién sabe cuántos años pasaríamos en condiciones de poder casarnos... ¿Podía yo consentir que consumiera usted su juventud, perdiendo acaso la ocasión de una felicidad mayor? ¡No, no podía!.. Pero conocía su generosidad, Leonia; sabía que no retiraría usted nunca la palabra empeñada, y entonces..., tras pasado el corazón de dolor, cumplí con mi deber..., le devolví la libertad haciéndole creer que me había muerto...

- ...Y se dispuso á contraer en seguida un rico matrimonio, pensó el doctor. ¡Ay de ti, mi querido Engelberto, si caes en mis manos!

Engelberto, en tanto, á pesar del sacrificio y del corazón traspasado de dolor, no produjo en su ex prometida la impresión que esperaba.

- Ahórese todas las demás explicaciones, porque no me dejes engañar, dijo Leonia despreciativamente. Podría perdonarle la infidelidad, pero no la in noble comedia que está representando. Si yo hubiese podido suponer que mi pobreza era un obstáculo, que el compromiso que nos unía era un estorbo en su camino, le habría devuelto la palabra, la sortija, todo. Una palabra honrada, sincera, nos habría evitado á usted tantas mentiras, tantos subterfugios, y á mí este instante de amargura, de vergüenza.

Diciendo esto, vaciló su voz como si llorara; pero vencida al punto la momentánea debilidad, añadió con vehemencia:

- ¡Y he podido amar á un hombre semejante! ¡Por un hombre así he perdido mi juventud, por su memoria he rechazado la mano de un hombre respetable, excelente, de un cumplido caballero!

- ¡Magnífico! ¡Estupendo!, murmuró detrás de la puerta el doctor frotándose las manos. La cosa tiene arreglo todavía.

- ¡Leonia, me despedaza usted el corazón!, gimió

cuando hubo pasado la puerta, una mano de hierro le cogió por el brazo y el doctor Hagenbach se le llevó al fondo del corredor.

- También yo tengo algo que decirle, mi querido Sr. Engelberto, díjole en voz baja y vibrante: unas pocas palabras que expresarán mi modo de pensar. ¡Es usted un bribón!

- ¡Silencio, señor doctor, silencio, por piedad!, dijo el posadero con acento suplicante y lanzando miradas de terror hacia la escalera por donde podía aparecer su mujer de un momento á otro.

- Sí, se lo repito con placer; es usted un bribón de siete suelas, repitió el doctor sacudiéndole con fuerza.

- ¡Por piedad, señor doctor! ¡No me pierda! Si mi mujer lo oye..., si mi clientela..., si la ciudad... ¡Ah, soy hombre perdido!

- Merecería usted ser el hazmerreir de la ciudad, querido apóstol de los paganos. Sin embargo, callaré, pero no por usted, naturalmente, sino por respeto á la señorita Friedberg, que tuvo la desgracia de enamorarse de un embustero semejante. Y ahora, adiós, señor mío; seguramente no volveremos á vernos jamás.

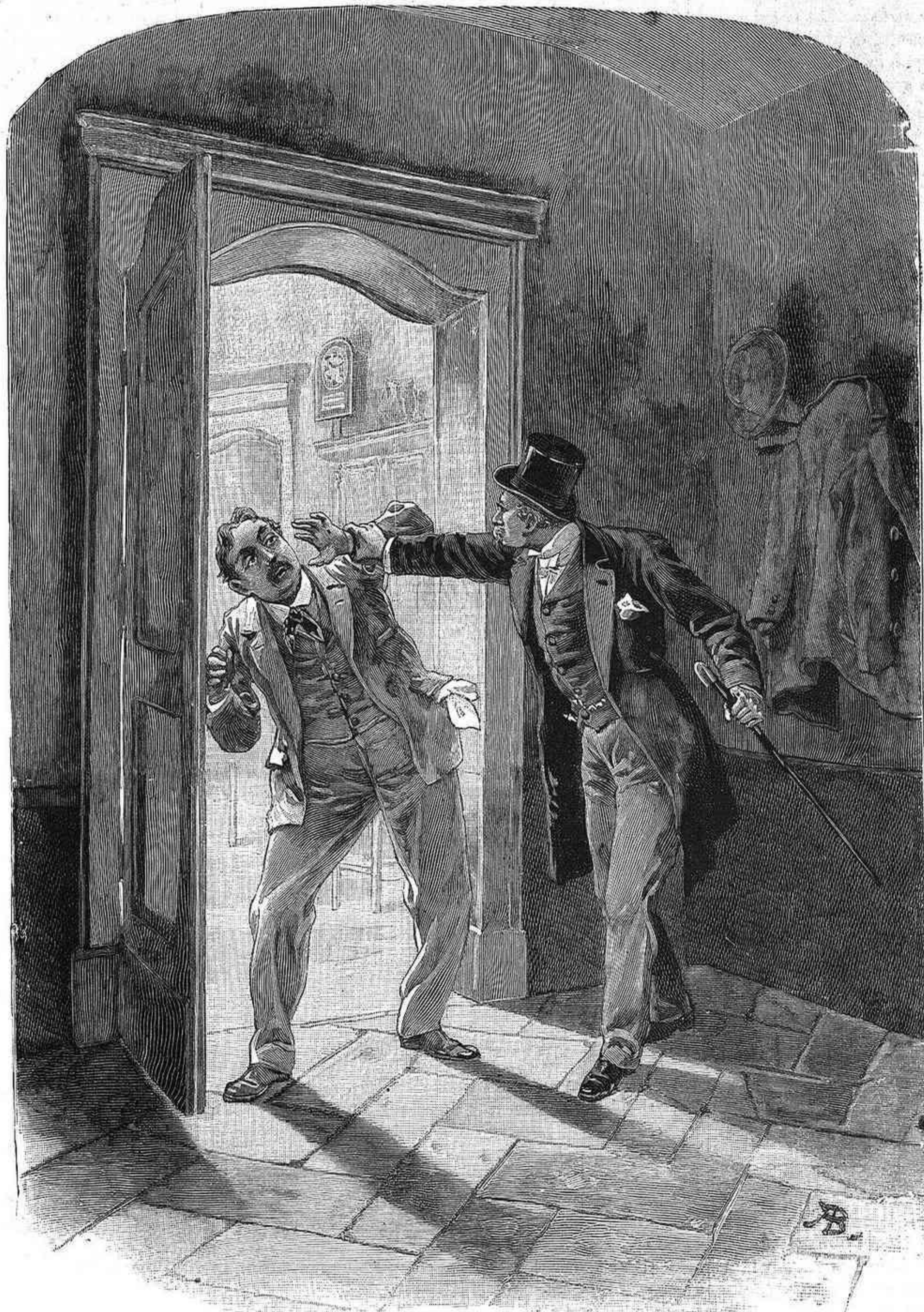
Y dándole por despedida una sacudida tremenda, el doctor dejó al hostelero medio atontado en el corredor y volvió á la habitación en donde estaba seguro de que su ayuda médica llegaría oportunamente. De fijo que la señorita Friedberg sufriría las consecuencias del esfuerzo que había hecho para permanecer tranquila en momentos tan excepcionales; la reacción debía empezar y seguramente habría desmayos y convulsiones para rato... Pero ¡oh nueva sorpresa!

Apenas entró en el cuarto, quedóse el doctor asombrado: Leonia, pálida y con los ojos bajos, le salió al encuentro serena y digna.

- Vengo, dijo Hagenbach algo turbado, á saber cómo está. Temía..., señorita, hoy le doy derecho de tener nervios..., hoy no la reñiré.

- Gracias, estoy bien, respondió Leonia sin alzar los ojos para que no se le cayeran las lágrimas de que estaban llenos. He sufrido una gran sacudida, es verdad... Ya habrá usted comprendido lo que ha pasado y con ello me evitará la vergüenza de referirle...

- ¡No hay por qué avergonzarse!, exclamó Hagenbach cordialmente. No es una vergüenza creer ciegamente en la bondad y en la honradez de los hombres. Y si un hombre ha correspondido indignamente á su confianza, esta no es una razón para perder la fe en los demás, pues crea usted que hay muchos que la merecen.



pero cuando hubo pasado la puerta, una mano de hierro le cogió por el brazo

el Sr. Willmann poniéndose patéticamente las manos sobre el pecho. ¡Si supiese cuánto he sufrido!.. ¡No he amado á nadie sino á usted!

E hizo ademán de acercarse á la señorita Friedberg, pero ésta retrocedió horrorizada.

- ¡Basta, Sr. Willmann! No quiero oír nada más. Sólo exijo de usted una cosa: si la casualidad hace alguna vez que nos encontremos, piense que usted y yo nunca nos hemos conocido. Y ahora, ¡salga usted de aquí!

Willmann respiró tranquilo; no había creído escapar á tan poca costa y creyó oportuno adoptar una actitud digna.

- Me voy, dijo con voz conmovida. Usted me condena, y yo... debo callar. Adiós, Leonia; las apariencias están contra mí, pero tú eres mi primero y único amor.

Y lanzando una última mirada tierna á su ex novia, el gordo posadero salió precipitadamente; pero

— Lo sé, dijo Leonia mirándole y tendiéndole la mano. Y no lloraré ciertamente un recuerdo que sólo merece olvido... Doctor, ciertos golpes matan; otros, en cambio, devuelven la vida.

— ¡Magnífico!, exclamó el doctor entusiasmándose.

Y en su entusiasmo, á punto estuvo de sacudir violentamente la manecita que entre las suyas tenía; pero se contuvo y... sucedió una cosa nunca vista: el prosaico doctor, siempre tan desgarrado y tan brusco, se inclinó graciosamente y besó con delicadeza la fina mano de la institutriz.

## XIX

Durante el día, el salón común del *Cordero de Oro* estaba casi siempre vacío; únicamente por la noche reuníanse en él los acostumbrados parroquianos. Aquella mañana, en cambio, estaba allí, tendido en un sofá, Landsfeld, que había llegado para tomar parte en una segunda gran asamblea que debía celebrarse al día siguiente. Acababa de llegar á la hostería para adoptar, de acuerdo con el posadero, las disposiciones oportunas; mas no habiéndolo encontrado, se resolvió á esperarle en el salón. Hacía rato que aguardaba y comenzaba ya á impacientarse, sin sospechar que el prudente Sr. Willmann había regresado hacía un cuarto de hora, pero había ido á saludar á los señores de Odensberg antes de rendir igual homenaje al jefe socialista.

Por fin se abrió la puerta; pero en vez del panzudo hostelero entró Egberto Runeck, el cual inmediatamente después de las elecciones había marchado á Berlín, de donde acababa entonces de regresar. Al ver á Landsfeld, saludóle apenas con una inclinación de cabeza, saludó al que aquél correspondió con la misma parsimonia.

— ¿Ya de vuelta de Berlín?, preguntó Landsfeld.  
— He llegado hace una hora; he estado en tu casa y me han dicho que probablemente te encontraría aquí.

— ¿Has ido á mi casa? ¡Qué honor! Pues yo he venido con objeto de comprometer la sala para una nueva reunión que es indispensable celebrar. Pero no te esperábamos tan pronto. ¿Habéis ya terminado?

— Por ahora, sí; me llamaron, según he comprendido, sólo para charlar; por esto he preferido volverme. Dentro de un mes, cuando se abra el Parlamento, habré de estar fijo en Berlín, pero ahora mi presencia es más necesaria aquí.

— ¡Te chaceas!, exclamó Landsfeld. Desde que ganamos las elecciones, no te necesitamos aquí para nada; pero ya me figuraba yo que volverías en seguida en cuanto humearas los desórdenes de tu querido Odensberg... ¡Oh, sí, podemos estar contentos! Hemos hecho perder á tu amado viejo la manía de la infalibilidad, y ahora, después de haber permanecido tanto tiempo aislado, inaccesible, tiene que aceptar la lucha contra nosotros; no tiene salvación posible.

— Sin embargo, hasta el presente me parece que no tenéis por qué alabaros de vuestro triunfo, repuso Runeck, pues á vuestras provocaciones ha respondido Dernburg con un licenciamiento en masa.

— ¡Claro! No era de esperar otra cosa de ese viejo testarudo, y por esto estábamos preparados para ello.

— Vosotros le habéis provocado. ¿Y ahora?

— Ahora se trata de doblegarse ó de romperse: ó el viejo revoca la resolución tomada ó viene la huelga general.

— Dernburg no se doblega, bien lo sabéis, y tampoco lograréis romperlo. En cambio, tiene alientos para destrozarnos á vosotros si lo empujáis á soluciones extremas, y se servirá de ellos, saliendo perdidosos vosotros. Dernburg puede resistir semanas, meses de huelga, mientras que vosotros no. Por esto nuestros jefes no han querido nunca una revolución de este género y ahora se han declarado definitivamente contrarios á ella.

— ¿De veras? Me figuro que habrás hecho todo lo posible para imponer esta decisión, exclamó Landsfeld lanzándole una mirada venenosa. Ahora tú también eres uno de los jefes; y aunque el más joven, eres quien manda más; paréceme que los tienes á todos metidos en el puño.

— ¿Por qué piensas en acusaciones personales contra mí cuando se trata de las decisiones del partido?, dijo Runeck con un gesto de impaciencia. Te traigo la intimación de que no extremes las cosas; ajústate, pues, á ella.

— Lo siento, pero la intimación llega demasiado tarde, respondió Landsfeld fríamente. Hemos enviado ya nuestras condiciones; y para el caso de que no sean aceptadas, ya está preparada la sedición. Ahora

es imposible volverse atrás... En Berlín se harán cargo de ello.

— ¡Ah, ahora te muestras tal como eres!, exclamó Egberto con amargura. Tú, tú, que siempre estás hablando de disciplina, ¿has obrado en esta ocasión por cuenta propia?

— ¡Sí, bajo mi responsabilidad! Era preciso despertar á esos estúpidos, á esos imbéciles de Odensberg, sacarles de la apatía en que vegetan. ¡Qué diantre! Harto sé los trabajos que nos ha costado tu elección, los esfuerzos que hemos tenido que hacer para imponerla, y dicho sea en honor de la verdad, hasta el último momento ha sido incierto el resultado final. Ahora, por fin, aquella masa se ha puesto en movimiento y sólo se trata de hacerla avanzar.

— ¿Hacia dónde? ¿Hacia la ruina? Sí, esas gentes os han seguido á las urnas porque habéis sabido exaltarlas, porque habéis sabido persuadirles de que á ellas corresponde ser poderosas y de que, queriendo ellas, serán omnipotentes; han perdido toda noción de la realidad de las cosas, y ahora os seguirán porque todavía están bajo la acción de la embriaguez que produce la victoria; pero dejad que este entusiasmo se desvanezca, que recobren la calma, que reflexionen, que comprendan lo que pierden dejando Odensberg, la ruina que esto significa para las esposas, para los hijos..., y entonces verás, te lo aseguro, que no los sujetarás ni una semana; verás cómo se apresuran á volver, cómo se presentan en masa á Dernburg. Pero Dernburg no será ya el mismo de antes y no querrá perdonar la ofensa recibida.

El diputado había comenzado á hablar con amargura, pero sereno; mas poco á poco se había ido animando, y á la calma había sucedido una vehemencia creciente hasta el punto de no parar mientes en Landsfeld, el cual, tranquilamente sentado y con el cigarro en la boca, le miraba fijamente, sin apartar un momento los ojos de él y sonriéndose de un modo poco tranquilizador.

— Parece que considerarías muy natural la venganza del viejo, dijo al fin cuando Runeck hubo terminado. ¿Se puede saber con quién estás?

— Con la razón y con el derecho, exclamó Egberto con apasionado ímpetu. Los trabajadores de Odensberg me han elegido y estaban en su derecho de elegir á quien quisieran, y este derecho lo admitirá el mismo Dernburg por mucho que lo sienta...; no discutiré contigo si aquella gente se convenció ó no espontáneamente de este derecho, pero te preguntaré únicamente si tenían derecho también de celebrar en sus talleres mi triunfo, de hacer demostraciones casi bajo sus ventanas, en una palabra, de regocijarse de su derrota... ¡oh!, esto fué una desfachatez, un insulto cruel, una ofensa sangrienta que merecía aquella respuesta.

— ¿Merecía aquella respuesta?, repitió Landsfeld con acento que debiera haber servido de aviso á su compañero; pero éste, animado como estaba, no paró mientes en ello y prosiguió cada vez con más exaltación:

— Tú has instigado, azuzado á esa gente por medio de Faller, lo sé; tú les has hecho formular exigencias que no tienen sentido común, porque equivalen á una humillación increíble del amo; pero se ve que no conocéis á este hombre. ¿Queréis guerra á muerte? Pues la tendréis. Dernburg es de los que no retroceden: hasta el presente ha sido el protector de sus obreros, pero ahora obrará como amo y hará bien..., yo en su lugar haría lo mismo.

Una carcajada salvaje respondió á las últimas palabras pronunciadas por Egberto.

— ¡Bravo, bien! ¡Preciosa confesión! Al fin te muestras tal como en realidad eres. Mientras hablabas me parecía estar oyendo al mismo viejo de Odensberg en carne y hueso..., se ve que eres digno discípulo suyo. Pero dime, ¿qué dirías si yo comunicase á Berlín todo lo que acabas de perorar?

Runeck comprendió que había ido demasiado lejos; sin embargo, se irguió rabiosamente y exclamó:

— Hazlo. ¿Crees, acaso, que me dejes tiranizar hasta el punto de no atreverme á exponer mis opiniones cuando estamos entre nosotros?

— ¡Entre nosotros! ¿Todavía nos concedes el honor de considerarte de los nuestros? Es verdad que eres nuestro diputado, el diputado del partido socialista. Te han escogido á ti, porque es preciso que en el Parlamento nos represente la mente enérgica, la inteligencia más poderosa del partido; pues bien, ¡aquí las tienen la mente enérgica y la inteligencia poderosa! Ya lo preví que á esto vendrías á parar, y he procurado advertirles, disuadirles, pero ¡no, señor! No parecía sino que el partido habría de perderse si no elegía á tu digna persona, y no hubo más remedio: fué preciso ganar tu elección á toda

costa..., ¡y cuidado si costó esfuerzos! Y todo ¿para qué?... ¡Oh! Pero ahora se darán cuenta de ello y tendrán que abrir los ojos.

— Escucha, si quieres ayudarles á que abran los ojos, hazlo, pero acabemos de una vez, exclamó Egberto con altanería.

Landsfeld dió una patada en el suelo, y acercándose á Runeck le dijo:

— ¿Es esto lo que quieres? ¿Un rompimiento? No, querido, no estamos dispuestos á dejarte en libertad, y si quieres ser traidor, si quieres desertar, toda la vergüenza ha de caer sobre ti.

— ¿Traidor?, repitió Runeck con el semblante congestionado. ¿Traidor, desertor? Me he entregado á vosotros en cuerpo y alma, os he sacrificado un porvenir brillante, como pocos se presentan en el mundo, os he inmolido mi corazón, ¡y esta es la recompensa que obtengo!

— Y ahora naturalmente te arrepientes de todo esto, dijo Landsfeld con curiosidad.

— No lamento el sacrificio hecho; lo único que siento es encontrarme en vuestra compañía... ¡De esto sí que me he arrepentido hace tiempo!

— Al menos eres sincero, repuso Landsfeld con ironía, y nos muestras en toda su extensión la carga que nos hemos impuesto con tu elección. Pero dejemos esto, ya que la cosa no tiene remedio, y por ahora habrás de cumplir tu deber en el Parlamento. Tus discursos son demasiado recientes para que puedas variar de sonata. Y ahora, escucha, muchacho, añadió trocando el acento irónico por el amenazador: procura no ocuparte de las cosas de Odensberg: éstas corren de mi cuenta y de ellas me corresponde la responsabilidad. Por otra parte, medita bien acerca de la que sobre ti pesa.

Y sin decir más, sin saludar siquiera, volvió la espalda á su compañero y salió de la habitación.

Egberto se quedó solo, mudo, sumergido en pensamientos tristes, dolorosísimos. Involuntariamente sonaron de nuevo en sus oídos, insistentes como un reproche, punzantes como un remordimiento, las palabras que le había dicho Dernburg al despedirle: «¡Habrás sido el amo de Odensberg!.. En cambio, ya verás si tus compañeros saben compensarte del sacrificio que les haces.» Y ahora..., ¡era esta la recompensa!

Abrióse en esto la puerta muy despacio y por ella asomó una hermosa cabecita de muchacha que miró curiosamente dentro del cuarto. Era Maya, que en su exploración había llegado hasta el saloncito, y al ver á Runeck lanzó un grito de alegría.

— ¡Egberto!

El joven sacudió sus tristes ideas, miróla un momento sin conocerla, pero en seguida corrió hacia ella exclamando:

— ¿Tú aquí, Maya?

Maya entró cerrando la puerta, porque ¡ay de ella si la señorita Leonia ó el doctor la vieran charlando con Egberto! En Odensberg, Egberto era mirado como un proscrito...

Runeck se acordó también de pronto de ello, y dejó caer la mano que había tendido á la joven, preguntando en voz baja:

— Maya, ¿puedo saludarte como en otro tiempo?

El semblante de la muchacha se había oscurecido un poco, pero sin vacilar se acercó al ingeniero y le presentó su mano.

— ¡Egberto, Egberto! ¿Quién hubiera dicho que habíamos de llegar á esta situación? ¡Si supieses cómo están en casa!

— Lo sé, respondió Runeck lacónica y sombríamente.

— Nuestro Odensberg está desconocido; todo ha variado en casa y fuera. Antes, cuando íbamos á los talleres ó nos deteníamos á hablar con los trabajadores, todos nos colmaban de atenciones. ¡Aquello era un consuelo! Y cuando se presentaba papá, todos los ojos se fijaban en él, todos se consideraban dichosos de verle y se sentían orgullosos y felices si les dirigía la palabra. Ahora, en cambio (y al decir esto la voz de Maya sollozaba), papá nos ha prohibido á Cecilia y á mí que salgamos del parque, porque fuera de éste no estaríamos seguras de no vernos insultadas. Papá, como de costumbre, va todos los días á los talleres y á las minas; pero en las caras de los empleados conozco que no consideran este sistema como muy prudente, que entienden que papá está en peligro cuando se encuentra entre sus obreros... ¡Y lo que ocurrió el día de las elecciones! ¡Oh, aquello no se lo merecía papá!

La ingenua muchacha no sabía los tormentos que con sus palabras infería al hombre que le volvía la espalda, y al ver que éste se estremecía, púsole la mano sobre el brazo, con la confianza de otro tiempo, y exclamó:

— ¡Pobre Egberto! No eres tú quien lo has que-

rído; pero en Odensberg yo soy la única que te ha permanecido fiel y ni siquiera puedo demostrarlo. Papá está furioso, indignado contra ti, y Oscar..., el barón..., le hace eco y aun se manifiesta más duro contigo y... mis súplicas de nada sirven... Ahora, hasta Cecilia...

- ¿También ella me condena?, exclamó Egberto volviéndose hacia Maya.

- No sé, repuso ésta mirándole asustada, no estoy segura de ello; pero es lo cierto que Cecilia no quiere oír hablar de ti y que cuando oye pronunciar tu nombre se marcha... ¡Ah, Egberto! Creo que papá soportaría á cualquier otro adversario..., pero con lo que no puede conformarse es con que ese adversario seas tú.

- ¡Lo mismo me pasa á mí!, dijo Egberto con voz ahogada. Díselo así á tu padre cuando quieras, Maya.

La joven movió la cabeza y exclamó desconsolada:

- ¡No puedo, no puedo! Delante de papá ni siquiera puede pronunciarse tu nombre, pues en cuanto lo oye se enfurece. ¡Y pensar que te quería tanto! ¡Dios mío! ¿Es posible que por pertenecer á dos distintos partidos políticos se odien mortalmente dos hombres?

Aquella voz de joven ingenua penetraba como hierro candente en el corazón de Egberto, que ya no podía resistir más.

- No hablemos de esto, Maya, dijo con voz alterada. Cada cual ha de seguir su destino, no hay remedio. ¡Pobre niña! ¡También á ti te hemos arrastrado hacia el sufrimiento haciéndote perder tu antigua alegría!

Maya se ruborizó y bajó rápidamente la cabeza para ocultar su rostro enrojecido; pero en seguida, con acento conmovido, palpitante de emoción repuso en voz baja.

- No, no, antes bien me avergüenzo de ser tan dichosa en medio de esos dolores... No me mires así sorprendido, Egberto...; á los extraños no se lo decimos todavía por razón del luto de nuestro pobre Enrique, pero á ti puedo decirlo...; estoy comprometida, ¿sabes?

Egberto retrocedió estupefacto: hasta entonces no había visto en su amiga más que una chiquilla y jamás se le había ocurrido que «niña Maya» pudiese pensar en el amor. Ahora aquella noticia inesperada, después de haberle sorprendido, le conmovió; y sonriendo afectuosamente, alargó las manos á su amiga.

- ¿Cómo? ¿Nuestra pequeña Maya piensa ya en estas cosas?, dijo procurando dar á sus palabras un tono chancero.

- ¡No me llames pequeña!, repuso la joven fingiéndose ofendida.

Y empujándose sobre la punta de los pies le miró en los ojos y le dijo en tono de broma.

- ¿No ves? Te llego á los hombros y á él también.

- ¿A él? ¡A propósito! Aun no me has dicho su nombre. ¿Cómo se llama?

- Oscar, respondió Maya á media voz.

- ¿Qué?, gritó Egberto estremeciéndose.

- Oscar de Wildenrod..., ya le conoces... Pero ¿qué tienes Egberto?

Runeck habíase puesto pálido como un muerto y temblaba de pies á cabeza, con los puños apretados y los ojos fuera de las órbitas y fijos en la joven, que le contemplaba asombrada.

- ¿Estás prometida al barón de Wildenrod?, preguntó al fin con voz alterada. ¿Y tu padre lo ha permitido?

- Sí; al principio se oponía á causa de la diferencia de edad; pero después, tanto le hemos suplicado Oscar y yo, que no ha podido negarse á hacernos felices y ha cedido.

Egberto contemplaba en silencio á la joven que hablaba de ser feliz cuando la esperaban la desdicha y la vergüenza. Y por segunda vez le tocaba á él la misión cruel, despiadada, de herir de muerte á una persona querida, destruyendo su felicidad, su fe...

estancia. Egberto respiró apenas cesó de ver aquellos ojos de expresión cándida que parecían querer arrancarle su triste secreto; después, recordando todo cuanto Maya le había dicho, juntó las manos y sintió como si un nudo le oprimiera la garganta. ¡Oh, el malvado especulador! ¡Oscar de Wildenrod, para apoderarse de Odensberg se valía de la mano de Maya! Aquella criatura inocente servía de instrumento á las miras del barón, ¿y Cecilia lo sabía y lo consentía?.. Sí, Oscar era su hermano, el único afecto de su vida, y para salvarle habíase casado con Enrique, sin amarle, y además Cecilia no conocía toda la verdad. ¡Ah! ¿Por qué se la había él ocultado aquella mañana, en el Albenstein? Pero ahora no podía seguir callando; era preciso salvar á Maya á toda costa.

Ahora no era la ira, no era la pasión la que contraía el semblante del diputado socialista, sino el dolor más sencillo y más intenso.

- ¡Pobre niña! ¡No olvido, no, que Odensberg ha sido durante tanto tiempo mi casa! Te lo demostraré, pero de un modo que no esperas... ¿Escribir?, ¿á Dernburg? ¡Imposible! Creería que todo es una vil calumnia y Wildenrod seguiría engañándole y haciéndole creer cuanto quisiera... No, no; estas cosas se dicen de palabra y no le dejaré hasta que esté convencido, hasta que Maya esté salvada... ¡Así hay que obrar! ¡Vamos á Odensberg!

XX

La atmósfera de Odensberg está saturada de electricidad: la huelga es inminente.

Hoy deben abandonar las minas los obreros que han sido despedidos á consecuencia de las demostraciones hechas en favor de Runeck; son algunos centenares, y los demás trabajadores han declarado que también ellos dejarán el trabajo si no se revoca la orden de despedida. Había algunos, los prudentes, los moderados, que habían combatido con todas sus fuerzas aquella resolución, pero en vano. Si los jefes estaban tranquilos, la masa, en cambio, estaba elec-

trizada y no razonaba: Landsfeld y sus compañeros habían sabido convencerlos á todos de su omnipotencia, haciéndoles ver que sólo por los obreros de Odensberg, la elección del amo, asegurada durante tantos años, se había disipado como el humo, habiendo salido triunfante su candidato.

Dernburg no había querido recibir á los obreros que habían ido á presentarle sus condiciones, y por conducto del director había contestado con una rotunda negativa; después de lo cual, sin admitir discusiones, sin preguntar si la gente seguía opinando lo mismo, dió orden terminante de que al día siguiente se cerraran todas las fraguas y se apagaran todos los hornos, y declaró á sus empleados que estaba resuelto á luchar hasta el fin, sin ceder en un ápice, considerando el simple hecho de las condiciones como un nuevo y grande insulto á su persona.

Estas palabras se habían difundido por Odensberg, causando una impresión profunda, un verdadero trastorno: todos sabían que el amo había cumplido siempre sus promesas, fuesen del género que fueren, y estaban asombrados de verle, á pesar de la derrota política, más orgulloso, enérgico y severo que antes.

(Continuará.)



¿Es esto lo que quieres? ¿Un rompimiento?

Sí, también entonces á él correspondía hacerlo y no era posible callar.

- ¿No te alegra esta noticia, Egberto?, preguntó Maya en tono de reproche. Tienes algo contra Oscar, mi instinto me lo dice, del mismo modo que Oscar tiene algo contra ti, aunque ninguno de los dos quiera confesarlo. Pero podrías darme la enhorabuena. ¡Si supieras cuán dichosa soy! A veces me parece que es demasiada felicidad la mía.

Runeck volvió la cabeza, mordiéndose los labios. No quería descubrirse delante de la joven; y sin embargo, le habría sido imposible pronunciar una sola palabra de felicitación. Pero una feliz circunstancia vino á sacarle de aquella situación que tanto le hacía sufrir. En el jardín se oyó la voz del doctor, que gritaba:

- ¿Dónde está la señorita Dernburg? ¿No la han visto ustedes? Hemos de ir á la estación, porque el tren llegará dentro de diez minutos.

- ¡Oh! He de marcharme, murmuró Maya. Adiós, Egberto, ¡quírenos un poco!. Yo te querré siempre y tú no olvidarás que Odensberg ha sido durante tanto tiempo tu casa... ¿Verdad que no lo olvidarás?.. ¡Adiós!

Y dirigiendo á Runeck una última mirada suplicante, afectuosa, aquella criatura feliz salió de la

## LA DISCIPLINA DE LOS ENFERMOS

Es difícil caracterizar con una sola palabra la tendencia de la medicina moderna, que aspira a algo más que a la noción materialista y al tratamiento mecánico de una enfermedad. La expresión «Disci-



Fig. 1. - La disciplina de los enfermos. - Enfermo ocupado en trabajos manuales

plina de los enfermos,» inventada por el profesor Leyden, es harto limitada, porque no abarca precisamente los más elevados y nobles objetivos de esta tendencia, pero traduce perfectamente la idea que le ha dado origen, a saber, el reconocimiento de que el hombre se compone de cuerpo y alma, tan íntimamente enlazados, que la enfermedad de uno de ellos influye más o menos en el otro. A decir verdad, con esta afirmación no se ha hecho otra cosa que resucitar un principio científico tan antiguo como el arte médico, que corría peligro de desaparecer para siempre, porque el materialismo consideraba la acción medicatriz como un proceso puramente mecánico que se desarrollaba en el cuerpo humano mediante la administración de los oportunos medicamentos. En este orden de ideas, el médico no tenía más que formular el diagnóstico, elegir los remedios convenientes y vigilar el proceso de la curación.

La nueva tendencia impone al médico una misión más alta, exigiendo de él que al mismo tiempo que al cuerpo atiende a la vida anímica del enfermo. Desde hace siglos se sabe lo mucho que en un mal físico puede influir el estado de ánimo; de aquí la conveniencia de recurrir a influencias a cuya acción estén sometidos los sentidos, como la que ejercen la música, los colores claros y alegres, los olores agradables. ¡Cuántas veces la inapetencia desaparece ante un manjar bien presentado! Y si esto sucede tratándose de un hombre sano, ¡cuánto más no sucederá con los enfermos, cuya sensibilidad se halla tan notablemente aumentada!

Tales son, en pocas palabras, las consideraciones que han inducido al médico mayor Dr. Buttersack a someter a un tratamiento apropiado la vida anímica de los enfermos y de los convalecientes, proporcionándoles distracción y ocupación y librándoles de las preocupaciones que pueden atormentarles. De paso diremos que estas experiencias han salido ya del período inicial de los ensayos y han sido coronadas por una serie de éxitos positivos.

El primer objeto, ó sea el de proporcionar distracción a enfermos y convalecientes, se consigue por medio de la música y de la declamación. Una artista holandesa, la señorita de Olden-Barnevelt, fué la primera que se puso al servicio de la nueva idea, cantando en las salas de la Charité de Berlín, cuyos enfermos escuchaban religiosamente aquellas melodías que acallaban sus dolores y llenaban sus almas de nuevas y maravillosas impresiones. Avanzóse luego un paso más, y en la capilla nueva del mismo hospital se dieron conciertos de música sacra, ejecutada por un cuarteto de violín, violoncelo, arpa y armónium y por un coro de mujeres.

Excelentes resultados han dado también las recitaciones de poesías alegres, que animan y regocijan a los enfermos: este procedimiento responde perfectamente a la nueva idea, y por su sencillez puede aplicarse en todas partes.

Mucho más importante es, para el objeto de estas modernas tendencias, la ocupación de enfermos y convalecientes. La experiencia demuestra que la ociosidad produce una sensación de malestar y una displicencia deprimente que favorecen la aparición de ideas atormentadoras, sobre todo de las que el enfermo se forma acerca del carácter y de la gravedad de su mal. Además, la inacción en las enfermedades crónicas de larga duración hace que a muchos individuos les sea luego difícil y a veces imposible recobrar la energía necesaria para un trabajo regular y perseverante. Finalmente, se ha de tener en cuenta que la falta de actividad muscular es en extremo perjudicial para el organismo, para la formación y circulación de la sangre, para la digestión. Por todas estas razones una ocupación ligera adquiere la importancia de un tratamiento, sobre todo para combatir las enfermedades nerviosas, el alcoholismo y la tuberculosis en sus comienzos.

Naturalmente la ocupación ha de ser agradable y poco pesada y nunca forzosa; el Dr. Buttersack indica como las mejores el dibujo, el modelado en barro ó madera, los trabajos en cartón y otras análogas que requieren poco esfuerzo y ofrecen ancho campo a la fantasía y a la destreza. Las enfermas de Berlín han encontrado, desde este punto de vista, una ayuda y un consuelo grandes en la persona de la señorita Klausner, que con laudable abnegación consagra su juventud a enseñarles todas las labores femeninas y cuyas lecciones son admirablemente aprovechadas, en particular por las mujeres de la clase obrera, a quienes les impidió aprenderlas oportunamente la necesidad de entrar desde muy niñas en la vida del trabajo. Muy conveniente sería extender esta enseñanza a otras prácticas domésticas que por la misma razón indicada tampoco conocen las obreras. Una colección de esas labores, expuesta en el citado hospital con el nombre de «Museo del Trabajo,» da perfecta idea de la actividad y habilidad de las pacientes.

Si todo lo referente a la distracción y a la ocupación cabe dentro de lo que se ha llamado «Disciplina de los enfermos,» el tercer punto, ó sea el que tiende a librar a los enfermos de las preocupaciones que les atormentan, responde a un orden de ideas más elevado y cae de lleno dentro del problema social: bajo este concepto, trátase de evitar los obstáculos que para la curación ofrece la preocupación que ha de sentir el paciente al pensar en la subsistencia de su familia, privada de su apoyo, y en la manera de volver a encontrar trabajo cuando recobre la salud. Para conseguir este objeto, es preciso captarse la confianza del enfermo a fin de que exponga con franqueza su situación y de que puedan encontrarse los medios oportunos para remediarla.

En algunas capitales se han constituido asociaciones de damas caritativas que se han impuesto esta santa tarea; su misión les obliga a enterarse y a co-

con un buen amparo, de que no ha de faltarles nada mientras la enfermedad dure, y de que él, al salir del hospital, ha de encontrar un trabajo remunerador.

Pero esto no debe confiarse exclusivamente a la iniciativa privada; es menester que a ello contribuya la colectividad. Para no privar a su familia del sustento que con sus manos le proporciona, soporta el obrero la terrible tuberculosis hasta que el instrumento del trabajo se desprende de sus desfallecidas manos; líbresele del temor de ver perecer de hambre a su familia, y acudirá en tiempo oportuno al médico, que cuenta hoy con recursos suficientes para atajar el mal, si no está muy desarrollado.

Con esto, no sólo se practicará una de las más hermosas obras de misericordia y se atenderá a uno de los fines primordiales de los Estados, cual es el

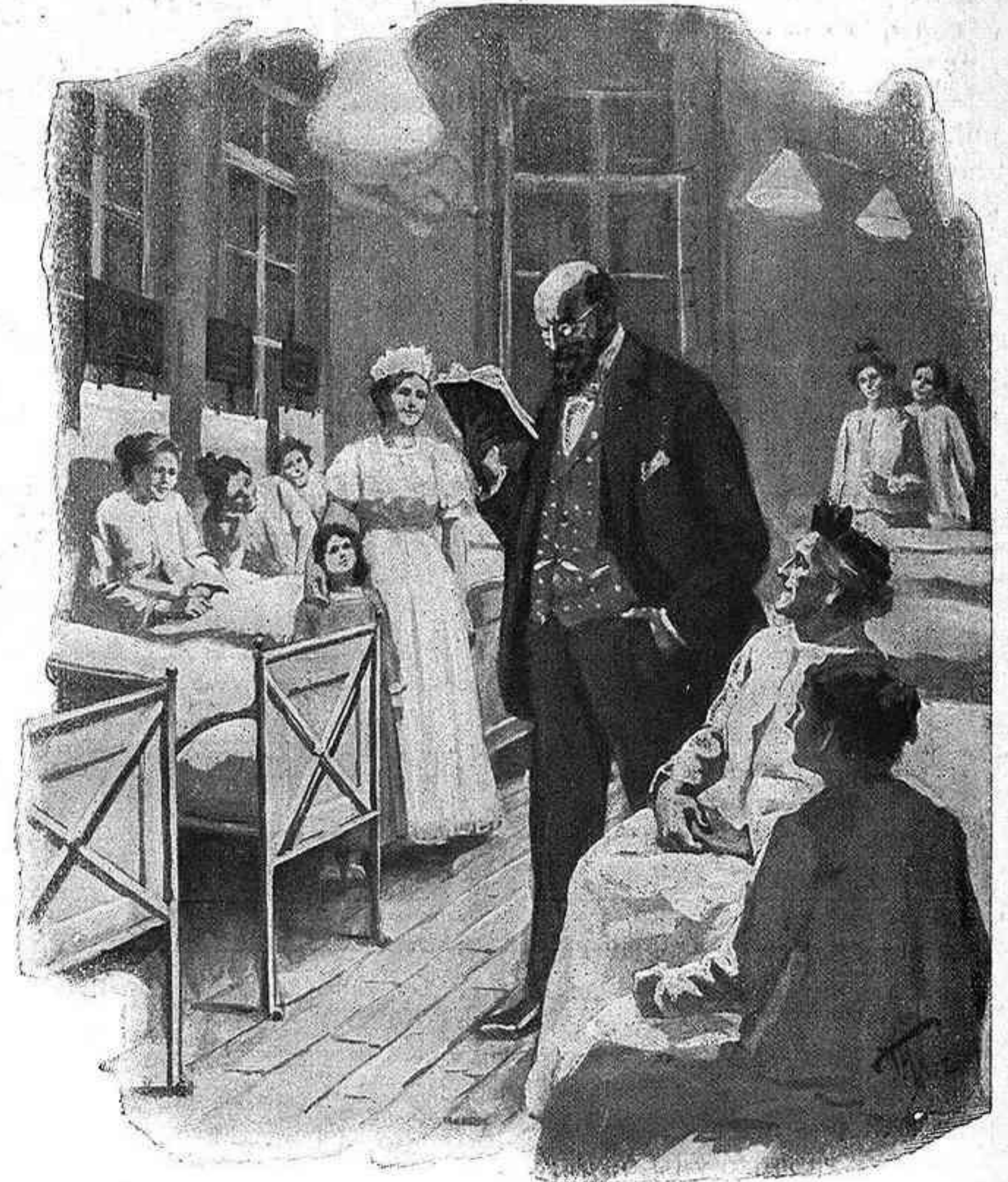


Fig. 2. - La disciplina de los enfermos. - La lectura

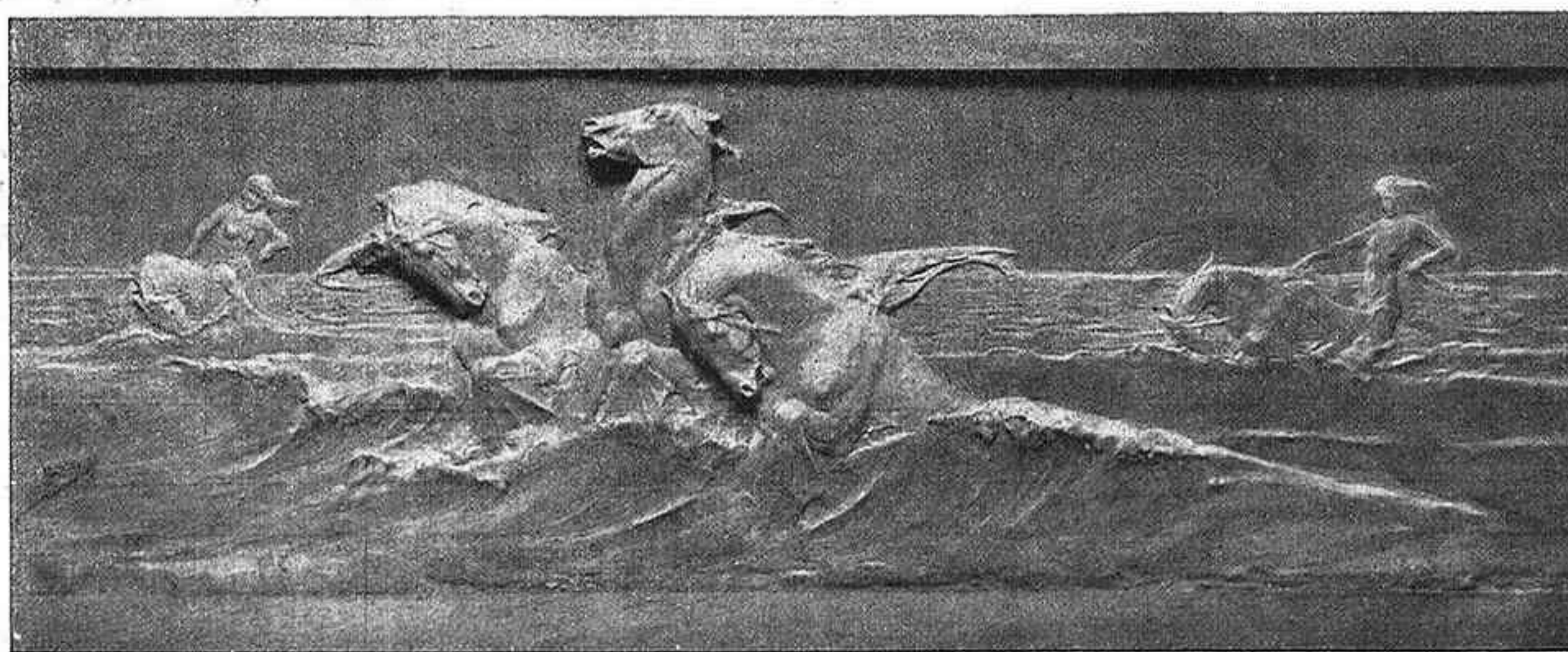
de la conservación de la vida y de la salud de los pueblos, sino que se dará un paso gigantesco hacia la solución armónica de la gravísima cuestión social. - F. S.

\*\*

## ESULTURAS DE GILBERTO BAYES

El autor de estas esculturas nació en Londres en 1863, y estudió primero en el Colegio de Finsburg y después en la Real Academia, en donde obtuvo numerosos é importantes premios. Terminados sus estudios, hizo una excursión a Italia y permaneció nueve meses en París, sin que ni en una ni en otra parte se dejara influir por el clasicismo ni por las exageraciones modernistas.

El talento que en sus obras demuestra no es de los que tienden a la escultura monumental y arquitectónica; su característica es la gracia, la distinción, que tiene más atractivos en objetos de reducidas dimensiones y que produce más efecto en las casas particulares que en las galerías públicas. Por esto son admirables sus pequeñas estatuas y sus tableros decorativos, sobre todo cuando entran en la composición caballos, cuya naturaleza conoce perfectamente; lo cual no quiere decir que dé a éstos más importancia que al elemento humano, al cual atiende con marcada preferencia.

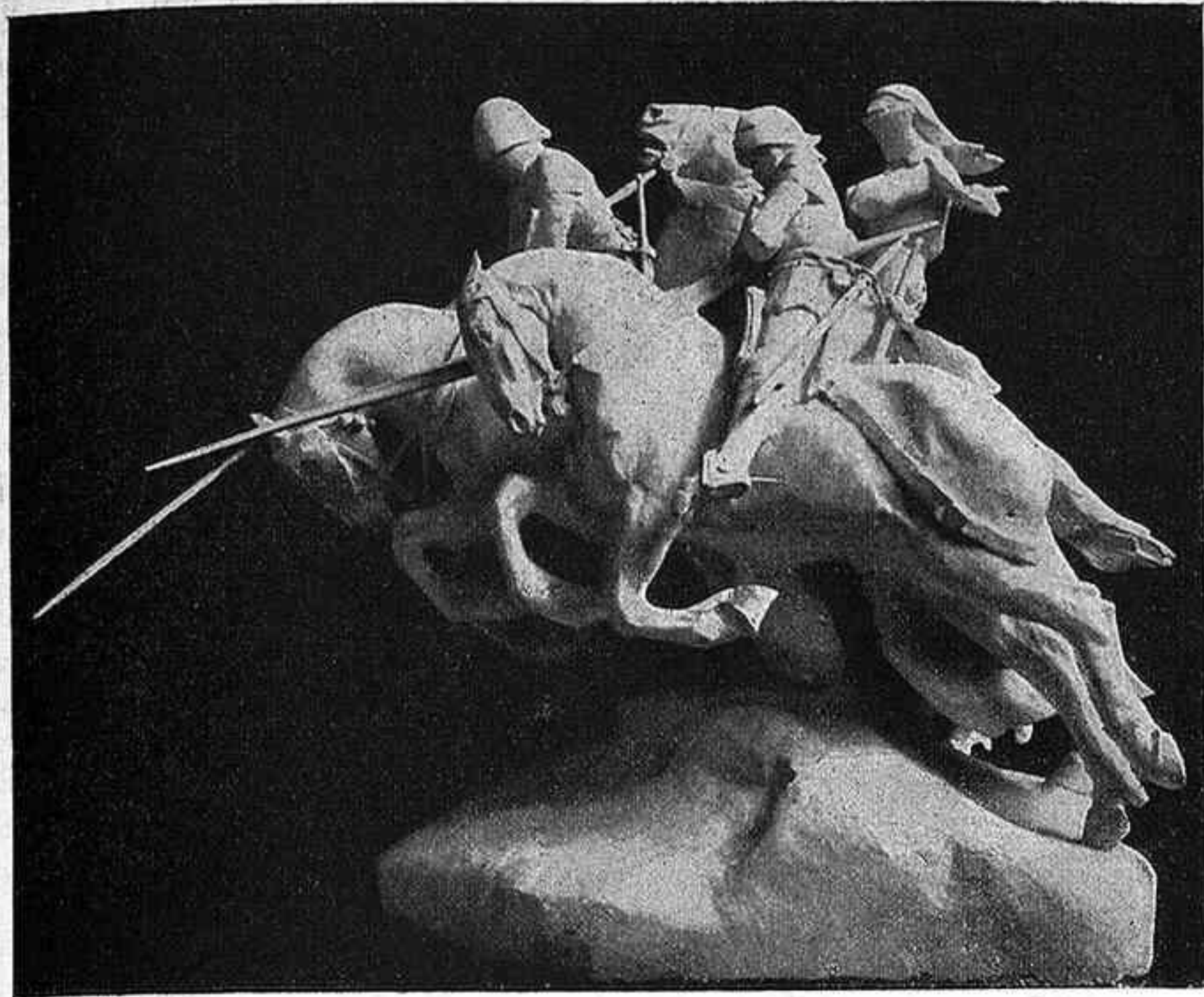


CABALLOS MARINOS, relieve de Gilberto Bayes

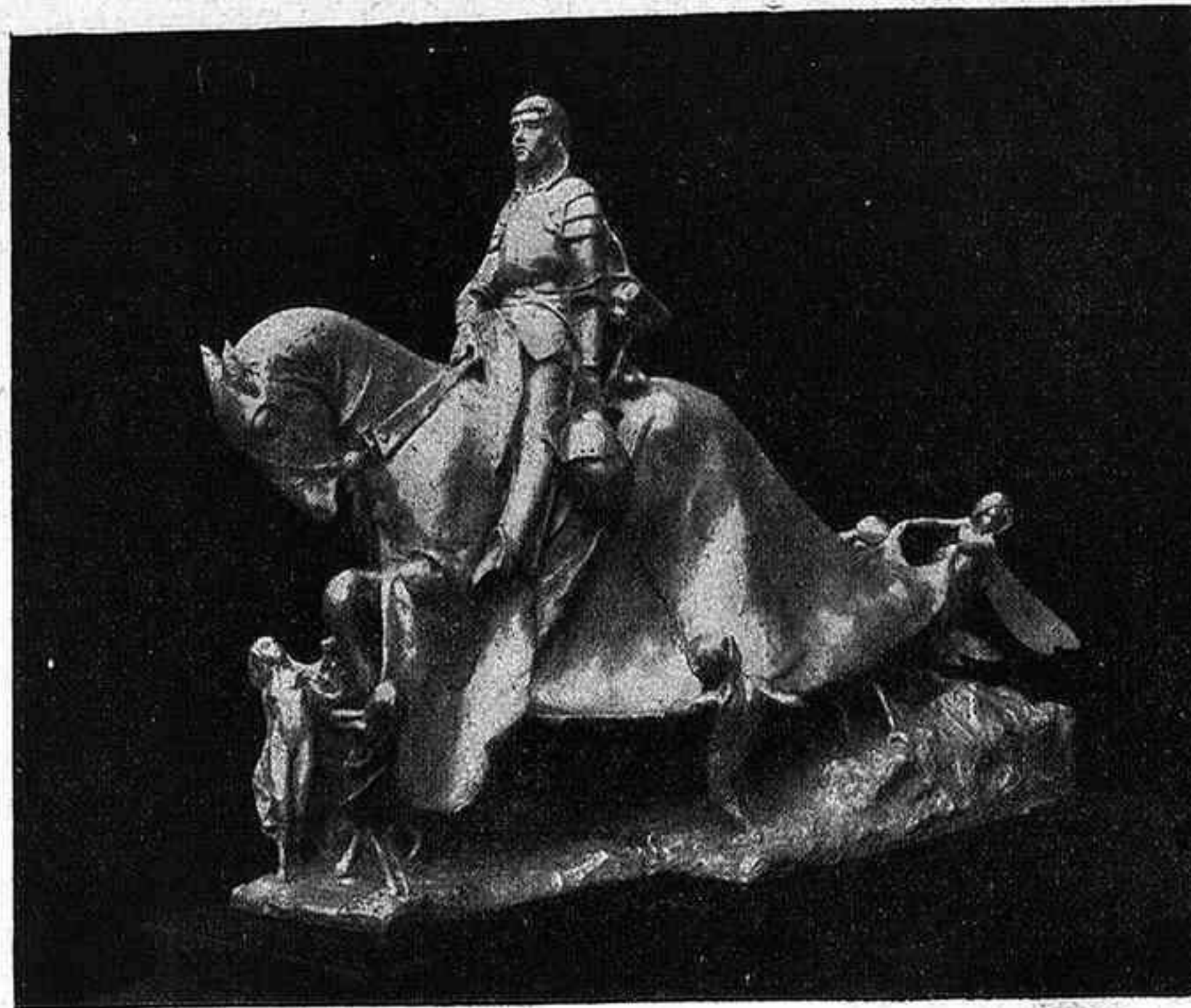
nocer de cerca espectáculos que desgarran sus corazones sensibles; en cambio, ¡cuántas bendiciones les proporciona! Y cuán benéfica influencia ejerce en el enfermo la seguridad de que los suyos cuentan

Examínense las esculturas que en estas páginas reproducimos; analícense con detención, así en su conjunto como en sus detalles, y se verá la exactitud de tales afirmaciones: en ellas se destaca en primer

Examinense las esculturas que en estas páginas reproducimos; analícense con detención, así en su conjunto como en sus detalles, y se verá la exactitud de tales afirmaciones: en ellas se destaca en primer



EN LA CUMBRE DEL MONTE, escultura de Gilberto Bayes



LA REINA ERRANTE, escultura de Gilberto Bayes

término la nota elegante, que, sin embargo, no excluye un gran vigor en el modelado. Gilberto Bayes ha comenzado con buen pie su

carrera; de esperar es que seguirá cultivando la verdadera dirección de sus talentos, sin incurrir en la preocupación, por desgracia muy generalizada, de

que un trabajo para cuya realización han de vencerse dificultades tiene más valor que el que se ejecuta con facilidad. - S.

**PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL** CIGARROS  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIV BARRAL  
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos  
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOUIZE-ALBESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER  
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.  
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.  
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Frasco 5 fr. en Paris  
**PUREZA DEL CUTIS**  
 - LAIT ANTÉPHÉLIQUE -  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès  
 pura ó mezclada con agua, disipa  
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
 ARRUGAS PRECOCES  
 EFLORESCENCIAS  
 ROJECES.  
 Pone y conserva el cutis limpio y terso  
 CANDES et Co. 85 St-Denis

**REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD**  
 En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar  
 SOBERANO contra  
**ASMA**  
 CATARRO, OPRESIÓN  
 y todas Afecciones Espasmódicas  
 de las Vías Respiratorias.  
 30 AÑOS DE BUEN EXITO  
 MEDALLAS ORO y PLATA.  
 MARCA DE FABRICA REGISTRADA. PARIS, 102, Rue Richelieu. - Todas Farmacias.

**GARGANTA VOZ y BOCA**  
**PASTILLAS DE DETHAN**  
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.  
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR**  
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL  
 prescrito por los Médicos en los casos de  
**ENFERMEDADES DE LA PIEL**  
 Vicios de la Sangre, Herpes, Aene.  
 102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

**AVISO A LAS SEÑORAS**  
**EL APIOL** 25 105 RES  
**JORET-HONOLLE**  
 CURA  
 LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS  
 F<sup>ca</sup> G. SÉQUIN - PARIS  
 165, Rue St-Honoré, 165  
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO**  
**PASTILLAS y POLVOS PATERSON**  
 con BISMUTHO y MAGNESIA  
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.  
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

INFLUENZA ANEMIA RACHITIS CLORÓSIS  
**VINO AROUD**  
 CARNE - QUINA - HIERRO  
 El más poderoso Regenerador.

**APIOLINA CHAPOTEAUT**  
**SALUD DE LAS SEÑORAS**  
 (NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)  
 Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la salud de las Señoras.  
 PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
 Exigir la Firma WLINSI.  
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.



Dulce coloquio, cuadro de J. Young Hunter

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Chaumartin núm. 61, París.— Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

**Venta anual de los Productos Nestlé**  
**39 millones de botes.**

**Harina Lacteada**



**NESTLÉ**

**ALIMENTO COMPLETO**  
 para **Niños y Viejos.**  
 Contiene la **Leche pura de Suiza.**

**Consumo diario de Leche: 184,000 Litros.**

**AGUA LÉCHELLE** Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

**HEMOSTÁTICA**

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

**PÍLDORAS MOUSSETTE**

*Neuralgias,  
 Jaqueca,  
 Ciática.*

CLIN y COMAR — PARIS  
 En todas las Farmacias.  
 650

Las Personas que conocen las

**PÍLDORAS DEL DOCTOR DEHAUT**

DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**  
 Curadas por el Verdadero  
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 años de éxito.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN